PARA TI ES EL MUNDO

Farsa cómica en tres actos, estrenada en el teatro Lara, de Madrid, el día 17 de octubre de 1929

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMALIA	Sra. Carbonell.
MARCELINA	— Catalá.
TERE	— Alba.
SEÑÁ REME	— Galiana.
PILI	— Noriega.
PATRO	Srta. Dominguez.
NATI	— Camarero.
Una NIÑA	— Alenza.
PAQUITO	Sr. Vico.
SEÑOR SANTOS	— González.
CASIANO	— Rodríguez.
PEPE	— Campos.
BENDAÑA	— Samso.
TELELE	— Ulloa.
Un VECINO	— González (J.)

ACTO PRIMERO

Comedor bien puesto, pero sin gusto ni refinamiento, en una casa de gente del pueblo enriquecida. Tiene un balcón practicable al foro, con tiestos y un pájaro. Una puerta a la derecha, grande, en el centro de la pared, y dos pequeñas a la izquierda, en primero y segundo término. Es de día, en primavera.

ESCENA PRIMERA

MARCELINA y TERE.

MARCELINA.—*(Es una mujer como de cuarenta y cinco años, guapa, bien cuidada, vestida sin lujo, pero a lo moderno y con esmero. Está asomada al balcón, mirando impaciente a un lado y otro de la calle. Entra angustiada en la habitación y mira el reloj.)* ¡Las doce, y sin parecer!... *(A Tere.)* ¡Pero este hijo!... Tres días que falta de casa, y ni un mal recao por teléfono ni dos letras siquiera pa tranquilizar a su madre... ¡Ay Jesús de mi alma!... ¿Qué será?... ¿Le habrá pasao algo, Tere?

TERE.—*(Es mujer algo menos joven que la otra y más acabada. Viste con gran humildad; lleva puesto un delantal de lavar, y los brazos arremangados.)* ¡Qué le va a pasar, mujer! ¡No t'apures! ¡Y ya te podías haber acostumbrao a estas faenitas que te hace el demonio el crío ese! *(Se seca los brazos con el delantal.)*

MARCELINA.—*(Cada vez más angustiada.)* ¡Ese chi-

co...! ¡Es que te digo que me tiene sin vida!... ¡Ya ves la hora!... ¡Tres días que s'ha ido! *(Llora.)*

TERE.—¡Pero en eso de tardar no t'acongojes, tonta!... ¡Si siempre te hace lo mismo!... ¡Si ese chico sale a comprarse unas botas y cuando vuelve ya trae los tacones torcidos!...

MARCELINA.—Bueno; pero es que el otro día, cuando se fué, no me dijo más que «hasta luego».

TERE.—Es que pa mí que él le llama «hasta luego» al mes que viene.

MARCELINA.—A más de que mi zozobra de ahora es porque le tengo pánico cuando sale a estrenar un «auto». Porque es probao: «auto» que estrena, o se rompe un hueso él o mata a un amigo.

TERE.—O si no lo mata, por lo menos le hace la faena de muleta, porque ya tiene tres cojos: Pepe Cuenca, Tito Luengo y Tono Ganga.

MARCELINA.—¡Por eso estoy que me muero!... ¡Bueno; y esto de ahora es que no se lo aguanto!

TERE.—Esto y lo que quiera hacerte. Y después de too, Marcelina, ¿a quién vas a quejarte de lo que te pasa, si ties tú la culpa?

MARCELINA.—¿Yo?

TERE.—Y na más. ¡Que si le hubieses dao otra educación y no le hubieses consentío tanto!...

MARCELINA.—Mujer, no tengo otro hijo. Es mi locura...

TERE.—Razón de más pa que lo hubiás educao mejor.

MARCELINA.—Cuando murió su padre, que me dejó viuda a los veinticinco años, no me quedó otra cosa en el mundo. ¡Luego se crió tan delicaíto!...

TERE.—¡Delicaíto!... ¡Pero qué tenía que ver el que tosiera pa que tú le dejases hasta retratarse con la chica el portero..., que, acuérdate, a los quince años que se hicieron un grupo, que si no los coge el padre te traen a casa una ampliación.

MARCELINA.—¡Mujer, son diabluras de chicos!...

TERE.—Sí, pero de chicos que hay que bautizar.

MARCELINA.—¡Ay Virgen Santa, que pasa el tiempo y no parece!... *(Se asoma de nuevo a mirar por el balcón.)* ¿Qué l'habrá ocurrido, Tere?

TERE.—¡Jesús! ¡Si viviera su padre, que era tan trabajador y tan honrao pa su casa, y viese que los duros que él ganó con tantos sudores los derrochaba ese crío tontamente con amigotes y gandulas!... ¡Te digo que se volvía a morir!

MARCELINA.—En eso ties razón; que de este chico yo no sé qué pensar, Tere. ¿Es tonto? ¿Es granuja?

TERE.—¡Pa mí que está empatao!

MARCELINA.—Pero, en fin, es mi hijo, y tengo que mirar por él, y buscarlo, y saber qué le ha sucedido, porque yo... estoy que..., vamos... *(Casi llorando.)* ¿Qué está haciendo tu marido?

TERE.—Lo que l'has mandao: dando una lechada de cal a la cocina, que estaba hecha un asco.

MARCELINA.—Pues anda, dile que lo deje todo y que venga, que quiero que vaya a preguntar a donde la Policía, a ver si saben algo de algún accidente de automóvil que haya pasao camino de Las Rozas o cosa así; anda corriendo.

TERE.—Déjate; le llamaré que salga y se lo dices tú. *(Se acerca a la segunda izquierda y llama fuerte.)* ¡Pepe!... *(Silencio.)* ¡Jesús, qué tapia de hombre! *(Llamando a gritos.)* ¡Pepeeee!...

MARCELINA.—*(Impaciente.)* ¡Ay madre! ¡Ca día está más sordo ese demonio de marido que tienes!

TERE.—Calla, hija; como que yo, cuando le dan un duro y lo suena, digo: «Será porque se le habrá acatarrao, porque oírlo, ni por pienso...» *(Llama aún más fuerte.)* ¡Pero Pepeeeee!

ESCENA II

DICHAS y PEPE, por la segunda izquierda.

PEPE.—*(Es un obrero cincuentón, tipo madrileño, sordo como una tapia. Lleva traje de faena de pintor de brocha gorda, brocha que aún conserva en la mano al salir.)* ¡Ya, ya, señor!... Que he oído el timbre.

TERE.—Pero ¿qué haces, so pasmao, que se le cae a una la campanilla de gritarte, y no sales?

PEPE.—¡No oír! ¿Pa qué soy requerido?

TERE.—Lo primerito, deja la brocha. *(Le hablan fuerte.)*

PEPE.—Güeno. *(La deja en el aparador, encima de una sopera.)*

TERE.—¡Ahí no, hombre!... *(Indignada.)* ¡Pos no deja la brocha en la sopera!... *(La pone en otro lado.)*

PEPE.—Yo, pa no manchar. *(Empieza a sacudirse a manotazos el yeso de la blusa y levanta una polvareda enorme. A Marcelina.)* ¿Y qué tengo que hacer?

MARCELINA.—Por de pronto, estarte quieto y no sacudirte el yeso aquí, que nos ahogas.

PEPE.—No es yeso. *(Sigue sacudiéndose.)*

MARCELINA.—*(Tosiendo.)* ¿Pues qué es?

PEPE.—Cal. *(Sigue lo mismo.)*

TERE.—*(Conteniéndole, indignada.)* ¡Sea lo que sea, hombre; que te estés quieto, que paeces la carretera de Extremadura!

PEPE.—*(Se sacude la gorra.)* ¿Y pa qué soy requerido?

MARCELINA.—Pues te he llamao porque quiero que vayas corriendo a la Dirección General de Seguridad.

PEPE.—Güeno.

TERE.—¿Tú sabes dónde es la Dirección de Seguridá?

PEPE.—Yo, no; pero si me dais la dirección, tengo la seguridá de ir.

MARCELINA.—San Marcos, veintiocho.

PEPE.—¿Don Marcos quién?...

TERE.—San Marcos, veintiocho.

PEPE.—¿Y por qué general me habéis dicho que pregunte?

MARCELINA.—Por nadie, hombre. Que vayas volando y preguntes de mi parte por un tal Ramos, que es amigo mío, pa que le diga a Flores si saben si ha ocurrido algún accidente de automóvil en Las Rozas.

TERE.—¿Lo has oído?

PEPE.—Güeno... Pero ¿el recao de Las Rozas es pa Flores o pa Ramos?

TERE.—¡Pa Ramos, hombre! ¡Anda!

MARCELINA.—¡Por Dios, Pepe; corre y ven pronto! ¡Que tengo una ansiedá que me muero! Toma dos pesetas pa un «taxis». *(Se las da.)*

PEPE.—Descuida. Un rayo va a ser un chico de continental comparao conmigo.

MARCELINA.—¡Sí, por Dios; anda a escape!

PEPE.—*(Aparte.)* Con estas dos pesetas me echan gasolina en la taberna.

TERE.—¡Que corras!

PEPE.—¡Un soplo! *(Acción de beber.)* ¡Digo, un soplo! *(Acción de correr. Vase por la derecha.)*

ESCENA III

DICHAS, SEÑÁ REME y PILI, por la primera derecha.

MARCELINA.—¡Ay, Dios quiera que averigüen algo!

TERE.—Algo averiguarán, mujer, porque con éste son ya cuatro los que ties por Madrí a la busca del crío. *(Timbre de la puerta.)*

MARCELINA.—*(Con ansiedad.)* ¡Ay, que han llamao! Anda, veas quién es. A ver si...

TERE.—Debe de haber abierto Pepe, porque se oye hablar en el recibimiento.

MARCELINA.—¡Ay, que haga la Virgen Santísima que sea alguien que me traiga noticias, porque estoy!...

TERE.—*(Entrando.)* ¡Las de al lao!

MARCELINA.—¡Jesús!... ¡Pues está una buena pa pelmas!...

REME.—*(Entrando.)* ¡Y qué, doña Marce, hija!, ¿no ha parecido Paquito todavía?

MARCELINA.—Esta es la bendita hora que no sé de él, señá Reme.

PILI.—¡Pues estará usté pa morirse!

MARCELINA.—Figúrate, Pili; estoy que me ahogan con un pelo. *(Marcelina no deja de mirar al reloj, moverse inquieta, asomarse al balcón, beber sorbos de agua, manifestar, en fin, la nerviosidad de una madre que está en su caso.)*

REME.—¡Ay, pues nosotras también estamos con una intranquilidad!...

PILI.—¡Claro!... La vemos a usté angustiada de un balcón a otro...

REME.—Y una, vamos, sin querer, también está que no sosiega.

MARCELINA.—*(Casi sin oírlas.)* Lo comprendo...

REME.—Y como es un chico tan guapito...

PILI.—Si le hubiese sucedido algo...

MARCELINA.—¡Ay, no me lo digas!

REME.—Sería pa no consolarse.

MARCELINA.—¡Figúrate!

PILI.—¡Y con los miles de desgracias que están ocurriendo ahora!

REME.—¿Ha leído usté lo de ayer?

MARCELINA.—*(Con ansiedad.)* No. ¿Qué ha sido?

PILI.—Pues un accidente espantoso... ¡Un vuelco!

MARCELINA.—¡Jesús!... Pero ¿algún joven?

REME.—No; dos señoras gravísimas.

MARCELINA.—¡Ay, señoras...; menos mal!

REME.—Ahora que a Paquito no debía usté dejarlo en una libertá tan grande, porque es un chico encantador, pero irreflexivo. El otro día, ya ve usté, nos encontró a nosotras en San Antonio de la Florida y se empeñó en darnos un paseo en el «auto».

PILI.—Nosotras le dijimos que aceptábamos si era cortito.

REME.—Pero subimos. Y con el pretexto de que la Moncloa le pillaba cerca, nos llevó a Segovia a ver una fábrica de cerámica.

PILI.—Excuso decirle a usté que papá, cuando volvimos... ¡Las once de la noche y sin cenar!

REME.—Pues que nos dejó sin cerámica, hija.

PILI.—No quedó un plato.

REME.—Ya conoce usté a mi marido, que cuando se contraría no parece que esté jubilao...

PILI.—*(Llaman al timbre.)* ¡Ay Tere; abre, que han llamao. ¿Será alguien que traiga noticias?
MARCELINA.—¡Ay, a ver! ¡A ver!
REME.—¡Que abran, que abran!...
TERE.—*(Volviendo de abrir.)* Es la Patro.
MARCELINA.—¡Ay por Dios! ¡Que pase!...
PATRO.—*(Dentro.)* ¡Señora!... ¡Señora!...

ESCENA IV

DICHAS y PATRO, por la derecha.

MARCELINA.—*(Con ansiedad, a Patro.)* ¿Qué, qué, Patro?
PATRO.—*(Es una criada joven. Entra casi sin poder hablar de fatiga.)* Déjeme usté que resolle, señora..., ¡que estoy que m'ahogo!
TERE.—¿Has venío de prisa?
PATRO.—Como que he atropellao a dos bicicletistas y he volcao el carro e naranjas del hombre ese que las pregona *(Imitando el pregón.)*: «¡A treinta la docena!...Y una porque quiero..., y otra porque me da la gana...» ¡Bueno; pues toas por el suelo del empentón!... ¡Las que quería y las que no quería!...
MARCELINA.—Bien; pero ¿qué sabes?
PATRO.—Que si no corro me cogen los guardias.
MARCELINA.—Digo del señorito, mujer.
PATRO.—Del señorito, poco, porque verá usté...
TERE.—Pero ¿no has podido indagar...?
PATRO.—Poco, porque verá usté...
MARCELINA.—Pero ¿nadie t'ha dicho...?
PATRO.—Poco, porque verá usté...
MARCELINA.—¡Acaba ya, mujer!
REME.—¡Ay, esta chica es angustiosa!... Entre la fatiga que tiene y lo poco que sabe...
MARCELINA.—¡Bueno; toma resuello y habla, por lo que más quieras!
PATRO.—Pues na... Que como usté me dijo que fuese en ca de los amigos del señorito pa preguntar si sabían algo, pues de primeras me fuí en ca

don Sabino, y don Sabino no sabía ni miaja; de allí piqué pa la calle Lagasca, pal ciento uno, y subí al tercero y pregunté por el señor Cuesta, y me dijeron: «El señor Cuesta, arriba.» Me voy arriba, y me dicen: «El señor Cuesta, abajo.» Me bajo pa abajo, y me dicen: «El señor Cuesta...»

MARCELINA.—Pero ¿cómo es posible?

PATRO.—Es que en la casa hay dos Cuestas: don Juan y don Segundo. Don Segundo es el del tercero, y don tercero..., ¡ay, no!... Bueno...; en total, que entre que si Cuesta arriba o que si Cuesta abajo, salí de allí rendía y compadeciendo al cartero... De allí me fuí a la calle Hermosilla y subí a preguntar en ca la madre del señor Lafuente...

MARCELINA.—¿Y qué te dijo?

PATRO.—Pues que su hijo ya no corre dende que se le rompió el «auto», va pa quince días.

MARCELINA.—¿De modo que todo lo que has averiguao por junto...?

TERE.—Es que nadie sabe naa y que no corre Lafuente.

MARCELINA.—Pues sí que nos ha traído unas noticias esta idiota...

PATRO.—Yo, hija, señora, ya ve usté... Una qué quisiera; pero si a una no la dicen, ¡qué va a decir una! Porque, vamos, una no va a inventar... Porque si una... *(Se aparta refunfuñando.)* ¡Y se enfadan, encima de lo que ha sudao una y de que he perdío la misa de una!...

ESCENA V

DICHAS y PEPE, por la derecha. Suena repetidamente el timbre de la puerta y la voz de PEPE que grita: «¡Tere!.. ¡Tere!..»

MARCELINA.—¡Ay! ¡Abrele, que es tu marido!

REME.—¡A ver si éste sabe algo!

TERE.—*(Sale a abrir y entra con él.)* Pasa, pasa...

MARCELINA.—¿Qué?...

PEPE.—*(Entrando.)* Tranquilidad asoluta.

MARCELINA.—¿Sabes algo?

PEPE.—Todo.

TODOS.—A ver, a ver... *(Le rodean.)*

MARCELINA.—¡Explícate!...

PEPE.—Que vengo de donde la Policía. No era el veintiocho.

MARCELINA.—Bueno, hombre. ¿Y qué?

PEPE.—Que no se tien noticias de accidentes automovilistas en los tres días últimos...

MARCELINA.—Menos mal.

PEPE.—... ¡más que de veinticinco!

MARCELINA.—¡Jesús!

PEPE.—Gracias a Ramos, he sabío que dieciséis han sío por atropello y nueve por choque...

MARCELINA.—Bueno; pero entre los choques, ¿alguno de varios jóvenes?

PEPE.—Sí.

MARCELINA.—¡Madre mía!... ¡Habla!...

PEPE.—En la Puerta del Sol han chocao ayer cuatro jóvenes que iban borrachos en un «auto».

MARCELINA.—¡Ay Dios mío!... ¿Y por qué han chocao?

PEPE.—Porque iban en calzoncillos y dando voces a las once de la mañana.

TERE.—¡Es pa chocar!

MARCELINA.—Bueno; pero de los accidentes, ¿qué?

PEPE.—No t'asustes, que no hay más que dieciséis heridos, ocho que no se han hecho na, y entre ellos, dos muertos.

MARCELINA.—¡Virgen santa! *(Desesperada.)*

TERE.—¡Ay Dios bendito!

REME.—¡Qué horror!

PEPE.—Pero no han sido identificaos; de forma que no t'apures, porque aunque los vieras no los conocerías.

MARCELINA.—*(Llorando.)* ¡Ay Dios mío!... ¡Muertos, heridos!... ¡Ay Tere, dame el abrigo, que me voy a la Dirección de Seguridad!... ¡Ay mi hijo!... *(Le da como una congoja. Todos la auxilian. Cae en un sillón.)*

TERE.—¡Pero, mujer, no te pongas así!

REME.—Hacerla tila.

PILI.—Traiga usté antiespasmódica.

PEPE.—¿La aflojo el corsé?

MARCELINA.—¡Ay Pili, que hay muertos y heridos! *(Ha salido al balcón a decirlo, y al entrar vuelve a caer temblorosa en el sillón.)* ¡Pronto, el abrigo, que me voy! ¡Ay! ¡Ay!

TERE.—Pero ¿adónde vas con esa congoja?

REME.—Una cosa pa hacerla aire...

PEPE.—Un «Liberal». *(Le da un periódico.)*

PILI.—Esto es poco.

PEPE.—Dos «Liberales». *(Se los da.)*

TERE.—¡Quítate de en medio!

PEPE.—¿La aflojo el corsé?

TERE.—¡Que te quites de en medio! *(Suena la bocina de un automóvil en la calle repetidamente.)*

TODOS.—¿Eh?... *(Atención.)*

PILI.—*(Que se ha asomado al balcón.)* ¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí!

TODOS.—¿Qué?

PILI.—¡Paquito!... ¡Paquito!... ¡Ya está ahí, señora Marce!... ¡Ya está ahí! ¡Tranquilícese usté!

REME.—¡Ya está ahí el chico!

MARCELINA.—*(Asomándose.)* ¡Hijo mío!... ¡Hijo de mi vida!... ¡Gracias a Dios!

TERE.—¿Ves cómo no le ha pasao na, mujer?

MARCELINA.—*(Que reacciona, desesperándose.)* No; pero le va a pasar, porque lo mato de una paliza en cuanto suba... ¡Granuja! ¡Canalla!... ¡Hacerme pasar estos ratos!... ¡Bribón! ¡Sinvergüenza!

REME.—¡Vamos, por Dios; después de esta alegría!...

MARCELINA.—¡No, no; no se lo aguanto! Y ahora le encierro toa la ropa, le vendo el «auto» y no le vuelvo a dar una peseta en toa su vida. ¡Que me va a matar ese golfo!... ¡Más que golfo!...

TERE.—¡Por Dios, no llores ahora, que ya está aquí!

ESCENA VI

DICHOS y PAQUITO; luego, BENDAÑA y TELELE, por la puerta derecha.

PAQUITO.—*(Es un jovencillo de veintidós a veintitrés años. Viene vestido elegantemente con atavíos automovilistas. Entra y se lanza apasionadamente con los brazos abiertos hacia su madre, fingiendo una emoción que en realidad no siente.)* ¡Mamá!

MARCELINA.—*(Sin poder contener su amor maternal.)* ¡Hijo mío! *(Reacciona inmediatamente, e indignada lo aparta de sí.)* Pero ¡quita, quítate de mi vista, que no quiero verte!

PAQUITO.—*(Volviendo hacia ella con mayor efusión.)* ¡Mamá de mi alma!

MARCELINA.—¡Suéltame, descastao, mal hijo!

PAQUITO.—*(Poniéndose trágico.)* ¡Por Dios, mamá, por lo que más quieras!... ¡No me regañe usté antes de oírme!

MARCELINA.—Es decir, que encima que una...

PAQUITO.—¡Oigame usté antes, se lo suplico!... ¡Mire usté cómo tiemblo!... ¡Mire usté cómo lloro!

MARCELINA.—Pero ¿qué te pasa?

PAQUITO.—Na; que mañana mande usté decir una misa en San Lorenzo en acción de gracias.

TODOS.—*(Acercándose y con espanto.)* ¿Una misa?

MARCELINA.—Pero ¿una misa por qué?

PAQUITO.—*(Abrazando al sordo, y muy fuerte.)* ¡Y vas a oírla tú!

PEPE.—¿Qué? *(Se lo pregunta a su mujer.)*

TERE.—Que ties que oír mañana una misa.

PEPE.—Yo, si la dicen fuertecito...

MARCELINA.—Pero ¡explícate, por Dios!... ¿Qué t'ha pasao pa eso, hijo mío?

PAQUITO.—Que estoy en sus brazos de usté por un milagro de la Divina Providencia. *(La vuelve a abrazar, llorando.)* ¡Mamá de mi vida, no me regañe usté!

MARCELINA.—Bueno, hijo; no te regañaré. Pero...

PAQUITO.—*(Que sigue hipando.)* ¡Me he visto muerto!

MARCELINA.—*(Con horror.)* ¡Tú, muerto!

PAQUITO.—Y cuando me iba faltando la vida, mis únicas palabras fueron: «Ay mi mamá!»

TODOS.—¡Ay su mamá!

MARCELINA.—*(Abrazándole.)* Pero ¿qué estás diciendo?... ¿Qué te ha sucedido?

PAQUITO.—No, mamá; no quiero afligirla a usté con el relato de una catástrofe que... Porque, después de todo, no ha sido nada... ¡Un precipicio! Sesenta metros de altura, tres vueltas de campana... Nada... *(Se limpia las lágrimas.)*

MARCELINA.—*(Reaccionando momentáneamente.)* ¡Ay, hijo mío, por Dios! ¡No me aterres inútilmente! ¿No será esto, como siempre, una nueva pamplina pa disculpar tu...?

PAQUITO.—*(Indignado.)* ¿Pamplina?... Va usté a ver los restos de mis compañeros de viaje.

MARCELINA.—*(Horrorizada.)* ¿Cómo los restos?...

PAQUITO.—Los restos; no quito una piltrafa. *(Se acerca a la puerta derecha.)* Pasa, Bendaña.

TODOS.—*(Entra Bendaña, envuelta la cabeza en gasas y el brazo en cabestrillo. Al verlo.)* ¡Jesús!

MARCELINA.—¡Madre mía!

BENDAÑA.—¡Salú!

PAQUITO.—Lo de salú lo dice por presumir. Se ha dejao en la carretera media cara, se ha fracturao una costilla, se ha roto un brazo.

BENDAÑA.—¡Na más que eso!

MARCELINA.—¡Dios mío! Pero ¡si no le había conocido!

BENDAÑA.—¡Ni mi madre!

PAQUITO.—Hasta que no lo desembalen, ¿quién lo va a conocer?

BENDAÑA.—M'han llevao a casa y no m'ha dejao subir el portero. ¡No le digo a usté más!

PAQUITO.—Ha dicho que estos bultos, por la escalera interior. *(Va hacia la puerta.)* Y aquí tiene usté al otro pedazo de amigo que me ha quedao. Pasa, Telele.

TELELE.—*(Entra cojeando; lleva la pierna vendada y parches de tafetán en cara y frente.)* ¡Felices!

MARCELINA.—Pero ¿eres tú, Telesforo?

TELELE.—Residuos na más, señora.

MARCELINA.—Pero ¿cómo ha sío eso?

TELELE.—¡Velay!... Que estaba yo en mi casa tan tranquilo; vino Paco y me dijo que me iba a dar una vuelta..., y m'ha dao tres, pero de campana... Si él me anuncia a mí este repique, ¡de dónde salgo yo!

REME.—*(A Paquito.)* ¿De modo que han tenido ustedes pan?

PAQUITO.—Pero pan de picos. ¡Porque hay que ver cómo trae ése la cabeza!

MARCELINA.—¿Y a ti, hijo mío?...

PAQUITO.—A mí... me ha pasao el coche por encima...

MARCELINA.—¡Jesús!

BENDAÑA.—Por encima de la maleta; no se asuste usté.

TELELE.—Las cosas, que se enredan...

BENDAÑA.—El «auto» iba un poco cargao...

TELELE.—Y nosotros también, la verdá... Porque ya conoce usté a éste. Ibamos amigos, señoritas, peones camineros, dos perros...

PAQUITO.—El circo Krone... No sé negarme a nada... Bueno; pues, en esto, una de las señoritas, parienta de éste...

MARCELINA.—*(Con cierta malicia.)* Pero ¿parienta cercana?

PAQUITO.—¡Y tan cercana! Como que la llevaba en las rodillas... Va y dice que el coche de su primo corría más que el mío, porque iba a Valladolid en tres horas y media. Y, claro, mamá: uno tiene su amor propio. Y no hice más que oír aquello, pisar el acelerador y salir pa Valladolid a ciento diez... Y volando a esta velocidad llevaba no sé cuánto tiempo, cuando, al llegar a la cuesta de Olmedo, ¡zas!, se nos funde una culata, se agarrota un cilindro y me dejan de funcionar los frenos...

TODOS.—*(Interesados en el relato.)* ¡Qué horror!

PAQUITO.—*(Dramáticamente.)* En esto, yo, lanzao a aquel frenesí y sin poder parar el coche, me veo que a este lao... había un precipicio, y a aquel otro, un río que venía desbordao...

TODOS.—¡Qué espanto!

PAQUITO.—El coche me se iba a lanzar al precipicio, y en eso dan unos gritos de terror: «¡Estamos perdidos!» Pero yo, sereno en el peligro, dije: «De perdidos, al río.» Viré casi en el aire, y cuando ya las ruedas delanteras tocaban el agua e íbamos a morir ahogaos, doy otro viraje fantástico y un peñasco de cuarenta metros que me se pone delante.

TODOS.—¡Jesús!

PAQUITO.—Y cuando la muerte por estrellamiento era inevitable, ¡friiiis!, me sale el aceite: ¡chooos!, me se gripa el motor; ¡pom!, me estalla una cubierta, y en esto, yo, ¡rom!, piso los frenos, que me obedecieron providencialmente, y, ¡tolón, tolón, tolón!.... damos tres vueltas de campana, sin más consecuencias que lo que está a la vista, una señorita lesionada y los dos peones camineros que *(Con tristeza.)* se han quedao en la carretera...

MARCELINA.—¿Muertos?...

PAQUITO.—Muertos de risa, porque decían que en su vida han visto conducir peor a un señorito. No los he estrellao, porque ya le he dicho a usté que me había quedao sin aceite...

MARCELINA.—Bueno; pero todo eso os habrá pasao en diez minutos, y tú has tardao tres días en volver.

PAQUITO.—*(Vacilante.)* Bueno, mamá; pero yo soy hombre educao y he tenido que ir dejando en su casa a las señoritas que nos acompañaban...

MARCELINA.—¿Tan lejos vivían?

PAQUITO.—En tres ciudades diferentes: una, en la Ciudad Lineal; otra, en la Ciudad Jardín, y otra, en la Ciudad Universitaria.

BENDAÑA.—Y otra que tenía que estar antes del sábado en Almería pa que no la echasen de menos en su casa.

TELELE.—Y gracias que una chica morena muy moña, cuando volcamos en Olmedo, se nos perdió, y suponemos que se iría a pie, porque ya la pillaba cerca de Cáceres.

PAQUITO.—¡Y esto ha sido todo!...

MARCELINA.—¡Ay, cuándo s'acabarán estas congojas y estos sustos con que me estas quitando la vida!

PAQUITO.—Bueno... Y a todo esto, señá Reme, perdone uste que con la emoción... *(Le da la mano.)* Ya la veo tan buena..., y tú tan guapa, Pili.

PILI.—Igualmente, Paquito...

PAQUITO.—*(A los servidores.)* ¡Y vosotros, un abrazo!... *(Se lo da.)* Y que no deje de ir nadie mañana a San Lorenzo. Y ahora, agradecidísimo al interés de todos; pero si quisieran ustedes dejarme un momento con mi madre, todavía asustada por mi desgracia..., y ustedes perdonen...

REME.—Sí, hijo; es muy natural que queráis quedaros solos.

PILI.—Nada. Y que nosotras, viéndole a usté sano y salvo...

BENDAÑA.—¡A los demás, que nos parta un rayo!

PILI.—*(Despidiéndose.)* Hombre, no es eso; pero, vamos, quiero decir... que... nos alegramos de que no haya sido nada..., nada más que lo que ha sido...

PAQUITO.—Y tantas gracias por el interés.

REME.—¿Quiere usté callar?... *(Le da la mano.)*

MARCELINA.—Deja. Os acompañaré hasta la puerta. *(Sale con ellas puerta derecha.)*

TERE.—Y nosotros, a la cocina.

PEPE.—Te felicito. *(Le da la mano.)*

PAQUITO.—De buena me he librao. ¿Lo has oído?

PEPE.—Yo, no.

PAQUITO.—Entonces, ¿de qué te asustabas?

PEPE.—De los pellizcos de esta.

PAQUITO.—Pues una vez te he visto casi llorar.

PEPE.—Es que no sabes lo que aprieta cuando quiere que me emocione.

TERE.—¡Como que si no le pellizco no se entera! *(Vanse segunda izquierda.)*

ESCENA VII

PAQUITO, TELELE y BENDAÑA

TELELE.—¡Ya has despachao el torito, amigo!

PAQUITO.—Bueno; ¿cuánta vergüenza crees tú que tenemos entre los tres?... Haz un cálculo.

TELELE.—*(Queda pensativo, como haciendo un cálculo.)* Ninguna.

PAQUITO.—Quita medio kilo.

TELELE.—Quitao.

PAQUITO.—Estamos en lo justo. Ahora que, como yo me figuraba, si no nos presentamos con este aspecto catastrófico no convenzo a mi madre.

TELELE.—Bueno... Hemos hecho una presentación de clínica de urgencia.

BENDAÑA.—A mí, si me ven en San José y Santa Adela me operan.

PAQUITO.—Cojeas como pa un concurso.

BENDAÑA.—Oye, tú, que yo m'asfixio. ¿Me levanto la cura?

PAQUITO.—Incorpóratela na más, no salga mi madre de improviso.

BENDAÑA.—Bueno; pero no olvides que aún te queda lo más duro, pollo.

PAQUITO.—¡No me lo digas!... Sacarle las dos mil pesetas, ya lo sé.

TELELE.—Eso va a ser lo gordo.

BENDAÑA.—Pero de eso ties tú solito la culpa, ninchi.

TELELE.—Porque bien está una mijita de bullanga en las juergas, pero es que tú te excedes.

PAQUITO.—¡Las juergas tien que ser movidas, señor!

BENDAÑA.—Pero eso de tirar la pianola por el balcón na más que pa que no toquen tangos argentinos no te lo sufren en ningún restaurán.

PAQUITO.—Na, que tengo un champán triste.

BENDAÑA.—¿Por qué no pruebas a beberlo que no sea de la Viuda?...

PAQUITO.—Y a más, que estoy disgustao conmigo: me doy asco, porque, encima de los sustos que la doy a la pobre de mi madre, ahora sacarla el dinero... ¡No tengo perdón de Dios!

BENDAÑA.—¡Pues quítate de esa vida loca, so primo!

PAQUITO.—¡No puedo, Bendaña; no puedo! ¡Eso sí que no puedo!

TELELE.—Pero ¿por qué?

PAQUITO.—¡Demasiado sabéis por qué!... ¡Porque quiero aturdirme, porque quiero olvidar, porque quiero ver si me arranco este clavo que tengo metido en el alma!

TELELE.—¡Ya salió el clavito!

PAQUITO.—Y na más. Demasiao sabéis que me farreo sin gana, y que ni me divierten las juergas, ni me entretienen las mujeres, ni me alegra na..., porque tengo metía aquí dentro la osesión de una mujer.

BENDAÑA.—¡La Amalia lo menos!... *(Ríe con guasa.)*

PAQUITO.—¡La Amalia siempre!... La Amalia pinturera, bonita, alegre como ninguna. La Amalia, que es como un Sábado de Gloria: campanitas que repican, primavera que empieza, alegría del cielo... ¡Qué se yo!...

BENDAÑA.—¡Oye, que se nos está volviendo rubendariano!

PAQUITO.—¡Esa mujer se me está metiendo en el alma! ¡Y tengo un deseo de ella..., un ansia de ella...!

TELELE.—Los caprichos tuyos!

BENDAÑA.—¡De niño mimao! Pero si tienes ese afán, ¡anda con ella, so primo!

TELELE.—Y na más. ¿Qué te falta a ti pa que ella te quiera con locura, si lo ties to?

BENDAÑA.—Eres guapo...

PAQUITO.—¡Hombre!

TELELE.—Elegante...

PAQUITO.—*(Estirándose.)* Regular...

BENDAÑA.—Joven...

PAQUITO.—No puedo negarlo.

BENDAÑA.—Y rico...

PAQUITO.—Me suena. *(Golpeándose el bolsillo.)*

BENDAÑA.—¿Entonces?... ¡El mundo es tuyo, Paquito!

PAQUITO.—¿De modo que vosotros creéis que si yo le dijese a la Amalia...?

TELELE.—¡Lo que te diera la gana de ella, so pipi.

PAQUITO.—¡Es posible!... A mí no m'ha fallao ninguna...

BENDAÑA.—Catalina, la del pollero.

PAQUITO.—Pero no es que me falló; es que me dijo que no le gustaban los pesos pluma. Pues si no me ha fallao ninguna, ¿por qué me va a fallar ésta, ¿verdá?

TELELE.—Y na más.

PAQUITO.—Si yo me atreviera o si mi madre m'ayudara...

BENDAÑA.—Pero ¿vas a complicar a tu madre en tus caprichos?

PAQUITO.—Primero, que no es capricho, y luego, que la Amalia quiere mucho a mi madre y mi madre a ella. Y si mi madre le indicara algo, pues me desbrozaba el camino.

TELETE.—No vas mal, porque sus padres están viviendo de vosotros, y ella poco menos... De forma que, aunque no sea más que por gratitud...

PAQUITO.—¡Chis! Dejarme. Mi madre, que viene.

BENDAÑA.—¡Pues es poquito lo que le vas a pedir hoy! *(Riendo.)* ¡Dos mil pesetas y una socia!

PAQUITO.—¡Na más que eso!

BENDAÑA.—Paquito, el Guadarrama a tu lao es una verruga.

PAQUITO.—¡Iros a mi cuarto!

TELELE.—¡Que te sople la musa!

PAQUITO.—¡Dame por soplao! *(Vanse primera izquierda Bendaña y Telele.)*

ESCENA VIII

MARCELINA y PAQUITO. Ella sale por la puerta derecha.

MARCELINA.—¡Hijo mío!

PAQUITO.—¡Mamá!

MARCELINA.—Como has visto, la posdata ha sío más larga que la carta.

PAQUITO.—Son unas pelmas esas señoras.

MARCELINA.—Y con unas cosas y con otras, no te hemos hecho una taza e tila ni na, con el susto que traerías.

PAQUITO.—Ni usté tampoco l'ha tomao, que l'hacía más falta que a mí.

MARCELINA.—Yo, hijo, viéndote bueno y en casa, ya no necesito más medicina.

PAQUITO.—¡Ay mamá!... ¿Por qué es usté tan buena?

MARCELINA.—Porque soy tu madre, y te quiero con toa mi alma. Y tú ven aquí, granuja, que no sé cómo no te he matao. *(Se sienta en un sillón y lo toma casi en brazos.)* Y dime: ¿por qué eres tan malo? ¡Que te voy a arrancar estas orejitas que tienes!... *(Le tira cariñosamente de ellas.)*

PAQUITO.—Pero ¡si no soy malo, mamá!

MARCELINA.—¡Ay hijo mío! ¿Por qué te habrás hecho hombre?

PAQUITO.—El camino que llevaba desde que nací no era para otra cosa.

MARCELINA.—He querío decir que por qué habrás crecío.

PAQUITO.—Pero ¡si he crecido muy poco!...

MARCELINA.—Pero eso poco que tú dices, ¿por qué lo habrás crecido? Yo te hubiera deseao toa la vida pequeño, pequeñito..., pa haberte tenío siempre en mis brazos.

PAQUITO.—¡Vaya una gana!

MARCELINA.—Pues ya ves. Toas las madres tien ilusión de que sus hijos hablen pronto y echen a

andar... Yo, no; bien lo sabe Dios. Yo era tan egoísta de tu cariño, que prefería que no pudieras valerte con tus piernecitas pa llevarte siempre sobre mi corazón. Y como yo sé que la primera valentía que hacen los chicos cuando los ponen en el suelo es alejarse de su madre..., me daba miedo de que llegase ese día en que te sintieras tan fuerte que ya no volvieras más a mis brazos.

PAQUITO.—¡Pues ya ve usté cómo vuelvo!...

MARCELINA.—Sí; pero no por el amor que encuentras en ellos, que no creas que soy tonta, sino por lo que necesitas: ayer, por dinero...

PAQUITO.—¡Y hoy!...

MARCELINA.—¡No gastes bromas! Otro día, por un automóvil; otro, por un capricho. ¡Siempre por algo! Cuando dejan de ser niños y vuelven los hijos a las madres, ya se sabe: cada caricia es una cosa que les hace falta. ¡El egoísmo de la vida!

PAQUITO.—El mismo egoísmo que de chicos. ¿A qué va uno de pequeño a los brazos de la madre?... A mamar cuando tiene gana, a dormir cuando tiene sueño, a sostenerse cuando necesita apoyo... Otro egoísmo.

MARCELINA.—Sí; pero entonces, como no saben hablar, no lo piden, y la madre se hace la ilusión de que to lo que le da al hijo se lo da por su amor, no por su necesidad... ¡Y bendita ilusión!... Por eso, ¡qué feliz sería yo ahora, que te tengo en mis brazos, si te volvieses pequeñito, pequeñito como el rorro de aquellos días de mi juventú, al que yo le cantaba pa dormirlo: «¡Ea, la nana; duérmete, lucerito de la mañana!»

PAQUITO.—*(Besándola.)* ¡Lucerito y estrella y sol del cielo es usté, madre! ¡Mi madre guapa y morena de mi vida!... ¿Quién la quiere a usté?... ¿Quién?...

MARCELINA.—Bueno; ¿cuánto necesitas?

PAQUITO.—*(Conmovido.)* ¡Mamá!... ¡Mamá de mi alma! Usté me ofende. No necesito nada, no quiero nada, porque yo soy un sinvergüenza y un granuja que no merezco esa bondad de usté... Soy un canalla, mamá. Y como la estoy a usté haciendo

sufrir y martirizándola, y usté no tie valor pa maltratarme, me voy a castigar yo solo, ¡ea!...

MARCELINA.—¡Por Dios, hijo!...

PAQUITO.—*(Se coge él mismo de la solapa y se zarandea.)* ¡Ven aquí, so pillete! ¡Que eres un sinvergüenza y un golfo, que estás matando a disgustos a tu madre!... ¡Toma, por granuja!... *(Empieza a darse cachetes, metidos, azotes y bofetadas.)* ¡Toma, por canalla! ¡Y no me doy un puntapié porque no me alcanzo!... Pero ¡toma, por hacerla sufrir... *(Golpe.)*, por sacarla los cuartos! *(Golpe.)*

MARCELINA.—*(Riendo.)* ¡Pero, hijo, por Dios, no te maltrates!

PAQUITO.—¿A ti te parece bonito estarla pidiendo dinero tos los días..., y hoy quererla pedir dos mil pesetas?...

MARCELINA.—*(Poniéndose seria.)* ¿Qué estás diciendo?

PAQUITO.—¡Pues no te las dará, so golfo!

MARCELINA.—¡Claro que no!

PAQUITO.—¿Que tienes un compromiso?... ¡Que lo tengas!... ¿Que te ves en el Juzgao?... ¡Que te veas!...

MARCELINA.—¡Ay, ay, Paquito!... Mira: déjate de zaragatas, y vamos a poner en claro todas estas pamplinas, que te conozco. Bueno; ¿qué te pasa?

PAQUITO.—Nada, mamá.

MARCELINA.—¿Qué te pasa?

PAQUITO.—Mamá, perdón; que ésta es la última granujada que la hago a usté.

MARCELINA.—*(Asustada.)* Pero ¿qué dices?

PAQUITO.—¡Necesito dos mil pesetas, mamá!

MARCELINA.—Pero dos mil pesetas ¿pa qué?

PAQUITO.—Es una deuda de honor.

MARCELINA.—¡Pero qué honor ni qué nariceś, caray!... ¡Que siempre acabamos lo mismo, y no pararás hasta que me veas en la miseria!

PAQUITO.—¡Mamá, le juro a usté que éstas son las últimas!

MARCELINA.—¡Cuarenta veces me has jurao lo mismo!

PAQUITO.—Pero hoy le juro a usté que lo que le

juro es la verdá. Y van a ser las últimas, porque, después que me las dé usté, le voy a hacer una confesión que va usté a comprender por qué estoy haciendo esta vida de golfo y por qué, si usted me ayuda, la dejaré de hacer pa siémpre.

MARCELINA.—¡Pamplinas!

PAQUITO.—¡Por esta cruz! *(La hace con los dedos y la besa.)*

MARCELINA.—Bueno, ¿y qué confesión es ésa?... ¡Venga, que tus misterios me asustan! *(Llaman.)*

PAQUITO.—Calle usté ahora, que han llamao.

MARCELINA.—¡Patro!... *(Sale Patro segunda izquierda.)* Veas quién es.

PATRO.—*(Volviendo.)* El señor Santos. *(Vase.)*

PAQUITO.—*(Expresando gran contrariedad.)* ¡Ese tío!

MARCELINA.—¡Por Dios, hijo, no le ofendas!

PAQUITO.—¡Me revienta ese señor! ¡Qué quie usté que le diga!

MARCELINA.—No olvides que ese hombre, desde la muerte de tu padre, ha sío pa mí el único amigo leal y verdadero.

PAQUITO.—Alguna cuenta le traerá administrarle a usté sus fondos.

MARCELINA.—Perder su tiempo y su dinero. Que si no hubiera sido por él, no sé dónde estarían las pesetas que tu padre nos dejó.

PAQUITO.—Pues, con todo y con eso, me revienta. Y ni me gusta que venga a esta casa, ni que se meta en lo nuestro, ni que usté le quiera.

MARCELINA.—Le estimo. Mírame bien a la cara, hijo; le estimo. Que yo no quiero a nadie en este mundo más que a ti.

PAQUITO.—Bueno; pues dígale usté que saque del Banco las dos mil pesetas y que se limite a traerlas sin comentarios que le quiten a usté la voluntá pa mí. Y na más. ¡O salgo yo y tenemos una gorda!

MARCELINA.—Bueno, hijo; anda, anda a ver cómo están los heridos.

PAQUITO.—¡O tenemos una gorda! ¡Por éstas!... *(Vase primera izquierda.)*

MARCELINA.—¡Qué hijo este!...

ESCENA IX

MARCELINA y SEÑOR SANTOS, por la puerta derecha.

SANTOS.—¿Se puede?

MARCELINA.—Pasa, Santos.

SANTOS.—Qué, ¿ha parecido el pollo?

MARCELINA.—Sí; no sé qué les pasó. Creo que han volcao.

SANTOS.—¡Qué van a volcar!

MARCELINA.—Sí, hombre; que ha traído dos amigos heridos.

SANTOS.—¡No hagas caso!

MARCELINA.—Pero si están ahí que no se puen mover, que uno creo que medio s'ha roto una pierna.

SANTOS.—¿Quies que vaya a la Casa de Socorro pa que venga un médico y se la entablille?... ¿A que echa a correr?...

MARCELINA.—Hombre... Yo..., lo que m'han dicho... Ya comprenderás...

SANTOS.—Demasiao sabes tú que la única verdá de esta casa es que ese hijo que tienes es un trasto pinturerillo y vago que no tie más ley que su gusto y que abusa de tu ceguera por él.

MARCELINA.—¡Hombre, no tanto! Tú es que la has tomao con el chico y no le quieres bien.

SANTOS.—Ni bien ni mal; pero no sé mentir, y veo que es tu tormento y tu ruina. Y eso...

MARCELINA.—¡No exageres, hombre!... No te diré que no sea un atolondrado, como tos los chicos; pero es bueno y me quiere.

SANTOS.—Si él te quiere, no lo sé; de lo que estoy seguro es de que tú no le quieres a él.

MARCELINA.—¿Que no quiero yo a mi hijo?...

SANTOS.—O que no lo sabes querer, que viene a ser lo mismo. Que a ti te ocurre lo que a tantas madres, que os pensáis que querer a los hijos es darles tos los gustos, porque así, llenándoles la vida de alegría, os figuráis que os quieren más. Y aparente-

mente, sí. Siempre queremos más al que nos da la felicidá..., mientras nos la va dando. Pero la vida no es felicidá sólo... La vida es trabajo, sacrificio, penas, contrariedades... ¿Pues qué le enseñas a tu hijo, si no lo educas y lo preparas pa sufrir y resignarse con to lo bueno y lo malo que le traiga la vida y si no le quitas de esa vagancia y de esa...?

MARCELINA.—¡Hombre!... Yo...

SANTOS.—Los hijos piden sin tasa. Y cuando los padres dan sin medida, el bien se acaba, porque el bien es corto. Y ese día, el día que no puedas darle to lo que quiera, la primera queja que saldrá de sus labios será contra ti, ya lo verás... ¡Acuérdate!

MARCELINA.—*(Impaciente.)* ¡Bueno, Santos; no me asustes, por lo que más quieras! Yo le doy a mi hijo to lo bueno que pueda.

SANTOS.—Es que la vida le dará lo malo...

MARCELINA.—Pues lo malo que se lo dé la vida... Yo soy madre; la vida es madrastra..., lo tengo oído decir muchas veces. ¡Pues allá la vida!...

SANTOS.—No se puede contigo, Marce.

MARCELINA.—¡Qué le vas a hacer!... Dejemos esto, y a otra cosa. Necesito dos mil pesetas.

SANTOS.—¿Pa qué?

MARCELINA.—Pa na; pa que las necesito. Haz el favor de traérmelas.

SANTOS.—¿P'al niño?

MARCELINA.—Pa lo que sea; las necesito.

SANTOS.—Pues pa eso no te las traigo.

MARCELINA.—¿Qué dices?

SANTOS.—Tuyas son. En el Banco las tienes. Puedes ir por ellas cuando gustes; pero yo pa los vicios de ese niño no traigo una peseta más a esta casa... Precisamente venía a hablarte de eso. Y aunque a ti te moleste que te lo diga, te quiero yo demasiao pa ver que te arruinas sin protestar y sin rebelarme yo, ¡ea!

ESCENA X

DICHOS y PAQUITO, por la primera izquierda.

PAQUITO.—*(Airado.)* ¡Pues hace usté muy mal, porque ésa es una de las cuarenta y siete mil cosas que a usté no le importan: que nos arruinemos!

SANTOS.—¿Estabas escondido oyendo?

PAQUITO.—Estaba en lo que me convenía.

SANTOS.—Pues está feo oír.

PAQUITO.—Estoy en mi casa.

SANTOS.—Aun así, está feo.

PAQUITO.—Más feo está no estar en su casa y venir con la pretensión de mandar en ella.

SANTOS.—Mira, niño...

PAQUITO.—No sé dónde habrá usté visto el babero que le autorice a llamarme así.

MARCELINA.—¡Por Dios, Santos! Ten calma.

SANTOS.—No tengas cuidao, que no pierdo la serenidá ni nada.

PAQUITO.—Me alegro, porque donde no se le ha perdido a uno nada..., ya sabe usté...

SANTOS.—No sé lo que quies decir...

PAQUITO.—Lo que he querío decirle a usté, señor Santos, traducido al castellano, es que usté no tie que mezclarse para nada en los asuntos de esta casa.

SANTOS.—En nada me mezclo...

PAQUITO.—Sí, señor; que usté quie quitarle a mi madre la voluntá que tie pa mí.

SANTOS.—¡Mentira!

PAQUITO.—Ya empieza a escocer.

MARCELINA.—¡Por Dios, hijo!

SANTOS.—Déjalo que disparate.

PAQUITO.—No son disparates; que el que usté fuera amigo de mi padre, no le autoriza pa venir a mezclarse en lo que ahora y siempre, óigalo usté bien, ahora y siempre, no pue ser más que mío.

SANTOS.—Pero ¿qué es lo que no pue ser más que tuyo? Dilo claro.

PAQUITO.—El dinero de mi padre y el cariño de mi madre, que son dos cosas que, por lo visto, le preocupan a usté.

SANTOS.—*(Airado.)* ¿Qué ruindá me estás diciendo?

MARCELINA.—*(Asustada.)* Santos, por lo que más quieras...

SANTOS.—Mira, niño; toda la calma se pierde con una educación como la tuya. Eso que m'has dicho no tiene más que dos contestaciones: o demostrarte duramente que no se puede ofender sin motivo a un hombre de bien, o irme de aquí escupiéndote en la cara pa que veas lo poco que me interesa tu dinero.

PAQUITO.—¿Escupirme a mí?

MARCELINA.—¿Qué estás diciendo, Santos?

SANTOS.—Lo que hace falta que sepa ese pollo. Que a mí de esta casa no me interesa el dinero; me sé yo ganar lo que necesito. Lo que me interesa es otra cosa, tan noble y tan legítima como la que más, porque va por caminos honraos. Y de eso pue hablar tu madre un rato.

PAQUITO.—Mi madre no tie que hablar de eso ni un segundo, porque a la primera palabra que no fuera pa respetar la memoria de mi padre, salía yo danzando de aquí.

SANTOS.—Pero ¿qué memoria ni qué pamplinas estás vociferando ahí?

PAQUITO.—Y, ¡ea!, basta de discusiones. Madre, escoja usted en seguida... ¡O echa usté a ese hombre, o me voy yo!...

MARCELINA.—¡Pero hijo!... Pero ¿qué dices?...

PAQUITO.—¡O él o yo!... ¡Pronto!... ¡Que no aguanto más!...

MARCELINA.—¡Por Dios, hijo; que me asustáis!...

SANTOS.—No te asustes, Marcelina, ni te molestes, que ya me voy yo. El quie quedarse solo pa dominarte y saquearte.

PAQUITO.—Oiga usté...

SANTOS.—Así, clarito... Pues quédate con él. Al

fin es tu hijo. Pero si algún día me necesitas, antes que tú me llames pue que vuelva yo..., que, al fin, tu delito es que eres madre. Y eso... ¡quién no lo perdona!... Adiós, pollo; hasta la vista.

PAQUITO.—¡Hasta nunca!

SANTOS.—Eso quisieras tú. Hasta la vista. *(Vase derecha.)*

MARCELINA.—*(Llamando.)* ¡Santos, Santos!...

PAQUITO.—Si le llama usté otra vez, el que se marcha de esta casa pa no volver soy yo...

MARCELINA.—¡Por Dios, hijo, que no sólo me martirizas y me arruinas, sino que quies apartar de mi vida to lo que puede ser pa mí un poco de defensa y de apoyo.

PAQUITO.—No es eso, mamá; es que yo quiero que el cariño de usté sea pa mí. ¡Pa mí solo! ¿Lo oye usté?

MARCELINA.—¿Pues pa quién es?

PAQUITO.—Porque yo la quiero a usté con toa mi alma, con toa mi vida y con to mi corazón. *(Besándola apasionadamente.)*

MARCELINA.—¡Sí, muchos extremos después que me das los disgustos!... ¡Que si eso fuera verdá, hijo...!

PAQUITO.—Lo es mamá, sin ratimagos y sin pamplinas. ¡Por éstas!... Y vaya... Después de lo que acaba de pasar, y ahora más que nunca, quiero enmendarme, corregirme, hacerme bueno pa que sea usté feliz y yo también lo sea.

MARCELINA.—¡Ay hijo de mi vida, si un ángel te tocara en el corazón!

PAQUITO.—Mamá... *(Pausa. Mira a su madre y sonríe.)*

MARCELINA.—¿Qué?

PAQUITO.—*(Con cierto rubor.)* Que creo que m'ha tocao.

MARCELINA.—¿Qué dices?

PAQUITO.—Que m'ha tocao.

MARCELINA.—Pero ¿un ángel?

PAQUITO.—Un... Bueno..., una..., no sé cómo se dice ángel en femenino.

MARCELINA.—Si no te explicas...

PAQUITO.—¿S'acuerda usté que la he dicho antes que quería hacerle a usté una confesión?

MARCELINA.—Sí. ¿Y qué es?

PAQUITO.—¡Que estoy enamorao, mamá!

MARCELINA.—¡Tú!... ¡Tú enamorao, con cuarenta mujeres al retortero!

PAQUITO.—Ya ve usté. Cuarenta pa olvidar a una, y no he podido.

MARCELINA.—¡Ay! Pero ¿quién es esa una?... ¡Que a lo mejor...!

PAQUITO.—Pues... ¡la Amalia!

MARCELINA.—¿Qué Amalia?

PAQUITO.—La Amalia.

MARCELINA.—¿Tu prima?

PAQUITO.—Mi prima.

MARCELINA.—¡Una simple peinadora!...

PAQUITO.—Lo que sea. Pero la quiero con toda mi alma.

MARCELINA.—Pero ¡hijo!... ¿No será esto un nuevo capricho tuyo?

PAQUITO.—Es una pasión, es una ceguera tremenda que me tiene sin alegría y sin sueño y que me se figura a mí que me redimirá y me hará bueno. ¡Créalo usté, mamá!

MARCELINA.—Pero ¡qué cosas tienes, hijo; me dejas tonta! ¿Y ella lo sabe?

PAQUITO.—No, señora; no me he atrevido a decírselo, porque quería hablar antes con usté, por si usté me quería hacer el favor de...?

MARCELINA.—¿De declararme yo?

PAQUITO.—No tanto; pero como ella la respeta a usté y la quiere, si usté la dijese antes... Porque yo me acuerdo que de chica, un día que estrenaba un trajecito, la llamé escuerzo y todos se rieron y estuvo toa la tarde llorando... Y desde entonces no me ha perdonao y siempre me ha mirao así... Y si s'acuerda...

MARCELINA.—¡En medio de to..., eres un chiquillo! ¡No me hagas reír!... ¡Cómo se va a acordar de esas tontunas!...

PAQUITO.—¿Usté cree que no? ¡Es que ya conoce usté su carácter!

MARCELINA.—¡Y aunque se acordara, hijo!... En cuanto tú le digas a la Amalia que la quieres, se cae de gusto.

PAQUITO.—*(Radiante.)* ¿Cree usté?

MARCELINA.—Mírate al espejo.

PAQUITO.—¡Madre!...

MARCELINA.—Mírate.

PAQUITO.—*(Presumiendo.)* Sí, verdaderamente...

MARCELINA.—¿Qué mujer querrás tú que no te quiera?... Hoy por hoy, ¡el mundo es tuyo, hijo mío!...

PAQUITO.—¿Sí, mamá?

MARCELINA.—Y ella, una infeliz, ¿qué más pue desear?... ¡Le van a faltar manos pa cogerte!

PAQUITO.—¡Ay madre, no me lo diga usté!... Porque si me hago esa ilusión y luego...

MARCELINA.—Y como ya son las doce y no tardará en venir a peinarme, de sus labios vas a oírlo...

PAQUITO.—¿Entonces...?

MARCELINA.—No es la mujer que yo soñaba pa ti. Pero si es tu gusto... En cuanto venga, yo la hablo, te llamo y se lo dices...

PAQUITO.—Sí, mamá...

MARCELINA.—Y a hacerte bueno y a ser feliz..., al menos hasta que te se pase el arrechucho.

PAQUITO.—¡Nunca!

MARCELINA.—Ya veremos. ¡Y pídele más a tu madre, si más quieres!

PAQUITO.—¡Mamá de mi alma!... *(Se abrazan. Suena el timbre de la puerta.)*

MARCELINA.—¡Ahí la tienes!

PAQUITO.—¿Será ella?

MARCELINA.—Es su hora.

PAQUITO.—*(Va, mira y vuelve.)* ¡Ella es!

MARCELINA.—Pues anda ahí dentro, que yo te avisaré. Voy a abrirla. *(Sale puerta derecha.)*

PAQUITO.—¡Ella!... Tengo el corazón que me hace croché... Pero, señor, después de to, ¿por qué? ¿No tengo...? *(Por la cara.)* ¿No tengo...? *(Por el traje.)* ¿Y no tengo...? *(Por el bolsillo.)* Pues tie razón mi madre. ¡El mundo es mío! *(Hace un mutis jacarandoso primera izquierda.)*

ESCENA XI

MARCELINA y AMALIA.

MARCELINA.—Pasa, Amalia.

AMALIA.—*(Es una mocita madrileña pinturera, elegantita y garbosa y todo lo más guapa que se pueda ser. Lleva en sus risas, en sus palabras y en sus miradas toda la gracia y la alegría de la tierra.)* ¡Hola, tía! ¡Alegres y felices!... ¿Y por aquí todos tirandillo?

MARCELINA.—Sí, hija; a Dios sean dadas.

AMALIA.—Y tanto que me alegro. Y mis papás, ¿en el fogón-palace?

MARCELINA.—Ahí en la cocina los tienes.

AMALIA.—Por muchos años. ¡Qué!, y Paquito, ¿pareció?

MARCELINA.—¡Por fin!

AMALIA.—¿Qué ha dicho que ha sido?

MARCELINA.—No sé qué de un accidente. Lo de siempre. Que han tenido pan.

AMALIA.—Pues toos los días están lo mismo. Diga usté que en vez de un Ford más valía que se hubiese comprao una tahona.

MARCELINA.—Y tú, ¿cómo has tardao tanto?

AMALIA.—¡Calle usté, tía, que es que no la dejan a una andar por la calle! Que la digo a usté que no sirve ni que los metan en la cárcel, porque hay por ahí ca pollo que es un tarro de nieve Haceline.

MARCELINA.—Como que yo soy vieja y hay veces que me sacan los colores a la cara.

AMALIA.—No; a mí los colores no me los saca más que la barrita que llevo en el bolso. Porque no hay mejor sordo, etcétera... Ahora, que los hay que dicen las burrás con sorpresa, y, claro, no dan tiempo a avisar a los guardias... Verá usté lo que m'ha pasao: venía yo ahora mismito calle abajo, cuando va y se me arrima un pollo regularmente portao, y va y me dice con voz lastimosa: «Oiga usté, joven:

estoy sin trabajo... Si me pudiera usté colocar...» Yo me he quedao dudando, y le digo: «¿Colocar dónde?» Y me dice con toa su frescura: «¿No tendría usté una vacante en ese cuerpo?...» Conque me repongo y le digo: «¡Hay que hacer oposiciones, hijo!» «Es que me sé el programa; conque colóqueme usté pa que yo tome posesión. Me señala usté los días de oficina que le dé la gana, sin hacer caso de las fiestas, que van a ser muchas, y hasta que Dios me dé el cese, inamovible.» Y al decir lo de inamovible me ha ido a agarrar por la cintura.

MARCELINA.—¿Y tú, qué?

AMALIA.—Que le he pegao una bofetá que ha tenío que pedir la jubilación. *(Acción de irse.)* Y si no se va le hago un morao en la hoja de servicios. ¡A mí con camelitos!

MARCELINA.—¡Bien hecho, hija!

AMALIA.—¡Bueno! Y qué, ¿s'ha lavao usté ya la cabeza?

MARCELINA.—No he tenido tiempo.

AMALIA.—Entonces, ¿no la ondulo?

MARCELINA.—Déjate. Luego hableremos de eso. Y ahora una pregunta, Amalia.

AMALIA.—Y dos.

MARCELINA.—¿Con qué pie has salío hoy de tu casa?

AMALIA.—Con uno de los cuatro, pero no me acuerdo.

MARCELINA.—Con el derecho tie que haber sido.

AMALIA.—Puede...

MARCELINA.—Porque te voy a decir una cosa que t'alegrará.

AMALIA.—Que regalan duros.

MARCELINA.—Mejor.

AMALIA.—Venga.

MARCELINA.—Que Paquito me ha dicho que le avisase en cuanto llegases, que quie hablar contigo.

AMALIA.—¿Conmigo?... ¡Paquito!... ¿De qué?...

MARCELINA.—¡Qué sé yo! ¿De qué crees tú que puede hablar un chico guapo como él con una chica guapa como tú?

AMALIA.—Pues desde la conveniencia del masaje facial hasta la utilidá del dóminus vobiscum en la misa de una... ¡Va usté a saber!

MARCELINA.—Bueno, sin guasa. Porque contigo no hay forma. Paquito te quiere hablar.

AMALIA.—Bueno.

MARCELINA.—Creo que te alegrará lo que te diga.

AMALIA.—¡Ojalá!...

MARCELINA.—Oyelo en serio.

AMALIA.—Con una seriedad que me voy a reír y le va a dar pena.

MARCELINA.—Pues voy a llamarlo. *(Vase primera izquierda.)*

AMALIA.—Encantada... *(Aparte.)* ¿Que Paquito quie hablarme?... ¿De qué?... ¡Y mi tía parece preocupada!... Ahí está el hombre, digámoslo así.

ESCENA XII

AMALIA y PAQUITO, por la primera izquierda.

PAQUITO.—*(Saliendo.)* ¡Hola, Amalia!

AMALIA.—¡Adiós, Valentino!

PAQUITO.—*(Con malicia y como dibujando unas formas de mujer en el aire.)* Muy buenas.

AMALIA.—Regulares.

PAQUITO.—¿Qué te cuentas?

AMALIA.—Ni tanto así, hijo. ¿Ya has parecido?

PAQUITO.—Ya. Y además con la resolución de quitarme de locuras pa siempre.

AMALIA.—¿Te se ha acabao el dinero?

PAQUITO.—Que quiero sentar la cabeza.

AMALIA.—Con que la pusieras en cuclillas se conformaba tu mamá. *(Pausa.)*

PAQUITO.—Bueno... ¿Y tú qué haces, peinadora?

AMALIA.—Lo de siempre: tomarle el pelo a la parroquia. *(Pausa.)*

PAQUITO.—¿Has visto qué días?

AMALIA.—Calla, hijo; encogidos, con una hora menos. Qué moditas van sacando, ¿eh?

PAQUITO.—Pero siéntate.

AMALIA.—Quiero crecer.

PAQUITO.—De bonita, no es posible.

AMALIA.—¡Huy, qué fino!

PAQUITO.—Estás que chillas de guapa, nena.

AMALIA.—Pues te contestaré con los dedos pa no alborotar... *(Habla como los mudos, con los dedos de la mano.)* ¡Me alegro!

PAQUITO.—¡Y ties un cuerpo!...

AMALIA.—¿Qué iba a hacer con dos?... *(Pausa.)*

PAQUITO.—Pues yo, Amalia, quería decirte una cosa.

AMALIA.—¿Una?... Poco es, pero venga.

PAQUITO.—Es que no sé por dónde empezar.

AMALIA.—Por lo más corto, y llegas antes.

PAQUITO.—Ties razón. Cuantos menos rodeos, mejor; oye, Amalia...

AMALIA.—¿Oye usté?

PAQUITO.—Pues la cosa es que le he dicho a mi madre, ¿sabes?, que... vamos..., que si tú..., que bueno, que yo..., que nada..., ¡que te quiero de verdá! ¡Y que si tú me quisieras me hacía un hombre formal!... ¡Por éstas!

AMALIA.—¡Mi madre! ¡Me dejas más tonta de lo que soy!... ¡Bueno; cuando se va a disparar un cohete se avisa, hijo!... ¿Que me quieres?... ¿A mí?... *(Riendo.)* ¡Ja, jay, qué gracia!

PAQUITO.—No te rías, que es en serio, que mi madre te lo dirá también. ¡Que te quiero, Amalia!

AMALIA.—*(Riendo.)* ¡Amos, cállate, por tu salú, que ties unas salidas!... ¡Ja, ja, ja!

PAQUITO.—*(Amoscado.)* Que no lo tomes a risa, que te digo que es en serio.

AMALIA.—¡Ah! Pero ¿en serio, en serio?...

PAQUITO.—De lo más. ¡Por éstas!... Conque sobran las risas.

AMALIA.—Bueno; me pondré formal.

PAQUITO.—¿Y qué me contestas?

AMALIA.—Que ni hablar de eso.

PAQUITO.—*(Como no dando crédito a lo que oye.)* ¿Cómo?

AMALIA.—Que ni hablar de eso, Paquito.

PAQUITO.—Es decir, que me dices que no.

AMALIA.—¡Pues claro!

PAQUITO.—Pero ¿así, en redondo?

AMALIA.—No lo tomes en redondo, porque bola no es.

PAQUITO.—¿Es la verdá?...

AMALIA.—Franca y clara. Yo no sirvo pa mentir. Ya me conoces.

PAQUITO.—¿Y sería mucho pedirte que me dijeras por qué no me quieres?

AMALIA.—En el querer no hay por qué ni por qué no; se quiere o no se quiere, sin más razones.

PAQUITO.—¿Es que yo no lo valgo?

AMALIA.—Y mucho. No te quito tu mérito, pero pa otra.

PAQUITO.—¿Pa ti no?

AMALIA.—¡Pa mí no..., porque yo..., yo ya tengo mi novio, hijo!

PAQUITO.—¡Tu novio!

AMALIA.—En un cacho. ¿Es que no tengo derecho?

PAQUITO.—Bueno...; pero será...

AMALIA.—Más pobre que las ratas, pero guapo, honrao, trabajador...

PAQUITO.—¿Y no tiene fortuna?

AMALIA.—Gustarme a mí, ¿te parece poca?... ¡Al menos, él se conforma con ésa!

PAQUITO.—Bueno; pero ¿qué necesidá ties tú de un trabajador, cuando yo tengo pa ti...?

AMALIA.—Déjate del dinero; no voy por ahí. Preferiría, ¿cómo no?, un hombre con pasta; pero de no juntarse las dos cosas, me gusta más el hombre que el dinero; que con un hombre que te guste, hasta con dos realitos ties la felicidá.

PAQUITO.—Barata la compras.

AMALIA.—¡A ver! Te sientas en Rosales con un chaval de tu gusto, te tomas un sifón..., y na más con que te suba a las narices el picor de la gaseosa, un Edén... ¡Y to por cincuenta céntimos, con propina y todo! Yo, de cariño, hasta el cielo; de dinero, lo preciso y na más.

PAQUITO.—¿De modo que me desprecias?

AMALIA.—¡Líbreme Dios!... Una mujer no desprecia ningún corazón donde sabe que hay un poco de simpatía pa ella...; pero, vamos, de eso a lo otro...

PAQUITO.—A ti lo que te pasa, Amalia, es que no me crees porque soy un tarambana; dímelo claro... Pero en esta ocasión yo te juro...

AMALIA.—¡Déjate de juramentos, tonto!... Yo no te quiero porque tengo mi novio, ya te lo he dicho. Pero aunque así no fuera, tampoco te querría. Porque tú no quieres a nadie.

PAQUITO.—¿Que no?

AMALIA.—Que no. Lo que te pasa es que eres voluntarioso; estás consentido, acostumbrao a hacer tu capricho desde chico, ties dinero y te da rabia no poder lograr to lo que se te ocurra.

PAQUITO.—Ahora no es eso, Amalia.

AMALIA.—Es eso. Y luego, no te hagas ilusiones, Paquito. Amos a hablar con verdá. ¿Qué hombre eres tú pa gustarle a una mujer?... Ni ties carrera, ni oficio, ni beneficio, ni podrás tener un duro cuando no te lo dé tu madre, porque no sabes ganártelo. ¿Es mentira?... Pa ti no hay más que la Cuesta de las Perdices, el automovilito, el pintureo, juergas, borracheras, cuchipandas con amigotes y gandulas... ¿Y te crees tú que to eso vale algo pa una mujer como yo, que tenga su alma en su armario?... Nada. Conque no te molestes, Paco; no eres pa mí. ¡Qué le vamos a hacer!

PAQUITO.—*(Airado y agresivo.)* Está bien.

AMALIA.—Está mal..., porque a ti no te gusta, pero así es.

PAQUITO.—Pues descuida, que ya no te molestaré en toda mi vida.

AMALIA.—Mejor será..., porque sería lo mismo.

ESCENA XIII

DICHOS y MARCELINA, por la segunda izquierda.

MARCELINA.—*(Sale airada.)* ¡No te rebajes más, hijo!

PAQUITO.—¡Mamá!...

MARCELINA.—¿Qué te importa a ti esa mequetrefa?

AMALIA.—Lo mismo digo.

MARCELINA.—Pues yo te voy a decir más: que quizá tenga de malo to lo que tú le has dicho. Pero tiene de bueno juventú, bondá de corazón, dinero y simpatía de sobra pa que le quieran muchas que valen un poquito más que tú.

AMALIA.—¡Pero tía!

PAQUITO.—¡Por Dios, mamá!

MARCELINA.—Y además tiene el cariño de su madre, que antes me picarían que consentir que lo volviera a despreciar una muerta de hambre como tú.

AMALIA.—¡Muerta, no; que acabo de dar pruebas de viva!

MARCELINA.—Quita d'ahí, que tienes más vanidá y estás más hinchada que un sapo.

AMALIA.—Pero ¿es que esto de querer a su hijo de usté es servicio obligatorio?...

MARCELINA.—No es que lo sea; pero ¿quién eres tú pa reírte de mi hijo?... Si te pasan el plumero y te quitan el colorete y los cuatro trapitos, un escuerzo.

PAQUITO.—¡Por Dios!...

MARCELINA.—¡No quiero, vaya...; no quiero que a ti te desprecie nadie sin que le pese!... ¡Conque, hala, a la calle de seguida!...

AMALIA.—*(Aterrada.)* ¡Pero tía!

PAQUITO.—Pero ¿qué dice usté?...

MARCELINA.—¡A la calle he dicho! ¡Y tus padres, lo mismo! *(Llamando a voces.)* ¡Tere..., sal con tu marido!

ESCENA XIV

DICHOS y TERE; luego, PEPE, por la segunda izquierda.

TERE.—*(Alarmada.)* ¿Qué te pasa?

MARCELINA.—¡Que os vayáis a la cochina calle! ¡Pero sobre la marcha!

TERE.—Pero, ¿qué estás diciendo?

MARCELINA.—Y na más... ¡De seguida!

TERE.—Pero ¿por qué?

PEPE.—*(Saliendo.)* ¿Pa qué soy requerido?

MARCELINA.—Que no os volváis a acordar de esta casa ni del santo de mi nombre en vuestra vida.

PEPE.—¿Qué dices?

MARCELINA.—¡Que ahí ties la puerta!

PEPE.—¿La pinto?

MARCELINA.—Que tomes la puerta y te vayas a tu casa.

PEPE.—¿Que la pinte en casa?

TERE.—*(Fuerte.)* ¡Que dice que nos vayamos!

PEPE.—Pero ¿adónde?

TERE.—A la cochina calle.

PEPE.—¡Lo de cochina, que se lo diga al Ayuntamiento!

MARCELINA.—¡Hala, hala, pronto, fuera d'aquí!

AMALIA.—¡Vamos, vamos, padres!...

PEPE.—Pero a todo esto, ¿qué ha pasao?

AMALIA.—¡Na, un crimen lo menos!... ¡Que no he querío al niño! ¡Ya ve usté qué delito! ¡Na más!

TERE.—¡Madre, y por eso nos despachas! *(Se van todos dando voces.)*

AMALIA.—¡Hale, hale!... ¡Padre, a la calle! ¡A la calle, madre! ¡Y perdón si se ha faltao! *(Vanse.)*

MARCELINA.—Así..., a la calle, ¡ingratos!... ¡Perros!... ¿Qué más podían querer?... ¡Que se mueran de hambre!... *(A Paquito, que queda sentado en una silla, pálido, tembloroso, estupefacto, ha-*

ciendo guiños y contracciones, como próximo a una crisis nerviosa.) Pero ¿qué te pasa, hijo?... ¿Qué tienes?... ¡Por Dios, no hagas caso, hijo mío! ¡Que el mundo es tuyo! ¡Patro, Patro! *(Llamando.)* ¡Desprécialos!... ¡Y hala, como si tal cosa!...

PATRO.—*(Saliendo.)* Señora...

MARCELINA.—Pon la mesa.

PAQUITO.—*(Se levanta contraído.)* ¡Ay mamá!... ¡Ay mamá!...

MARCELINA.—¡Hijo, por Dios; no hagas caso!... ¡Ríete, desprécialos!... Y ahora te doy tres mil pesetas y esta noche te vas a divertirte y a olvidar a esa galocha... Y ahora a comer, como si tal cosa...

PAQUITO.—*(En una crisis nerviosa tremenda.)* ¡No! ¡No! ¡No quiero! ¡La mesa, no! *(Tira los platos, tira el mantel, tira la mesa, las sillas, llora, grita, se arranca los pelos.)* ¡No quiero comer, no quiero vivir!

MARCELINA.—¡Ay hijo de mi alma! Pero ¿qué te pasa? ¡No te pongas así!... ¡Ay, que me lo han matao!

PAQUITO.—¡Soltarme!... ¡Que quiero morirme! ¡Romperlo todo! ¡Tirarlo todo!

MARCELINA.—¡Sujétalo, Patro! ¡Socorro! *(Salen los dos amigos de la primera izquierda.)*

LOS DOS.— Pero ¿qué pasa?

PAQUITO.—¡Que quiero estrellarme contra las piedras de la calle!

MARCELINA.—¡Sujetarlo!

LOS DOS.—¡Por Dios, Paquito! *(Le sujetan todos.)*

PAQUITO.—¡Me ha engañao..., me ha engañao usté, madre! ¡Usté decía que el mundo era mío! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡No es mío!... ¡No es mío!... ¡Nada es mío!... ¡Nadie me quiere!... ¡Soy un desgraciao!... ¡Quiero matarme! *(Se suelta en un esfuerzo.)* ¡Un balcón para matarme! *(Corre al balcón.)*

MARCELINA.—¡Ay mi hijo!... ¡Socorro! ¡Socorro!

PAQUITO.—*(Llega al balcón; pone el pie sobre la barandilla, como para tirarse a la calle, y aterrado*

del daño que puede hacerse vacila unos segundos y vuelve al fin, llorando, a los brazos de su madre.) ¡Mamá!

MARCELINA.—¡Hijo mío! *(Se abrazan.)*

BENDAÑA.—*(A Telete, con sorna.)* ¡Intento de suicidio!... ¡Tres mil pesetas más!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. Es de día. El balcón, entornado, deja la escena a media luz. MARCELINA enfría con una cucharilla una taza de caldo. PAQUITO está acostado en una «chaise longue». Lleva un pijama de paño y está envuelto en un «plaid» claro. Aparece despeinado, ojeroso, con aspecto de enfermo.

ESCENA PRIMERA

MARCELINA y PAQUITO; luego, PATRO, por la segunda izquierda.

MARCELINA.—*(Suplicante.)* ¡Tómate esta taza de caldo, que desde que estás enfermo con la neurastenia no hay quien te haga probar el alimento!

PAQUITO.—*(Con voz llorosa y dolorida.)* ¡Pero si no puedo, mamá!

MARCELINA.—¡Amos, hijo, que es con Valentine!

PAQUITO.—Por muy Valentine que sea no me es posible, mamá.

MARCELINA.—¡Que llevas veinticuatro horas sin tomar nada!

PAQUITO.—*(Excitándose por momentos.)* ¡Aunque llevase cuarenta y ocho!... ¿Cómo se dice que no puedo, mamá?...

MARCELINA.—¡Un sorbito siquiera!... ¡Anda, hijo; hazlo por mí!...

PAQUITO.—*(Ya sencillamente furioso.)* ¡Ni por usté ni por nadie! ¡Vaya!... ¡Que estoy diciendo que no puedo!... ¡Y, además, que no quiero tomar nada: ni caldos, ni potingues, ni nada!... ¿Cómo se dice nada?...

MARCELINA.—Bueno; no grites así, que te excitas y te pones peor. *(Desesperada, deja la taza encima de una mesa y se sienta llorosa en una silla.)*

PAQUITO.—¿Cómo no voy a gritar, si me está usté desesperando? ¡Y a mí que no me hablen de medicinas, porque en cuanto venga alguien y me mienta una medicina naa más..., es que me voy al balcón y me tiro de cabeza!

MARCELINA.—¡No! ¡Cálmate, no tengas cuidao!... ¡Ay Dios mío, que este hijo me se muere!... ¡Qué condenación de enamoramiento!... ¿Por qué echaría yo de casa a ese demonio e chica?...

PATRO.—*(Entra de puntillas y habla en voz queda. Paquito se incorpora, atendiendo.)* Señora, señora...

MARCELINA.—¿Qué pasa?

PATRO.—Que venía a decirla a usté que son las once y que hay que darle al señorito la cucharada y las dos píldoras... *(Cada vez que la doncella nombra una medicina, Paquito hace un gesto iracundo.)* Porque están al caer las cuatro gotas pa que a la media hora se tome el papelito y a los quince minutos se le pueda poner la inyección.

PAQUITO.—*(Que se ha levantado, le da un empujón y grita.)* ¡Fuera de aquí!

PATRO.—*(Aterrada y temblorosa.)* ¡Ay mi madre!

PAQUITO.—¡Fuera de aquí o te estrangulo!

MARCELINA.—¡Cálmate, hijo!... *(Obligándole a echarse.)*

PATRO.—*(Llorando.)* ¡Dios mío, encima de que una lo hace por el interés que tie una de que se ponga bueno..., porque si fuera que una...; pero ¿por qué lo hará uno, si una...?

PAQUITO.—*(Amenazador.)* ¡Que se vaya una, porque, si no, va a salir media!...

MARCELINA.—¡Amos, cállate y no hables más!

PATRO.—¡Pero si es que no gana una pa sustos..., que tengo el corazón que con esta enfermedá del

señorito, la que va a salir danzando pal cementerio va a ser una! Porque ayer le dió un ataque de esos que si me da de lleno el puñetazo que me tiró, a estas horas tengo la cara en la nuca.

MARCELINA.—¡Son convulsiones que le dan, hija!...

PATRO.—Pero le podían dar pa un sitio donde no tuviera yo las narices. ¡Caray, que una...! *(Suena un timbre.)*

MARCELINA.—Anda, anda... Calla y veas quién es, que han llamao. *(Sale Patro por la primera derecha.)* ¡Dios mío, un chico que en su vida se había fijao en nada! ¡Quién se podía figurar que se iba a poner así por una mequetrefa, que...?

PATRO.—*(Entrando.)* El señorito Bendaña.

MARCELINA.—¡Ay, gracias a Dios!... A ver si me trae alguna buena noticia. Espera. *(Se acerca a Paquito.)* Paquito, ahí está Bendaña.

PAQUITO.—*(A gritos.)* ¡Que se vaya!

MARCELINA.—Pero ¿no quieres que pase?

PAQUITO.—*(Gritando.)* No.

MARCELINA.—¡Un amigo tan bueno!... ¡Mira que viene a verte, hijo!

PAQUITO.—*(Sigue gritando.)* ¡Que no!

BENDAÑA.—*(Apareciendo en la puerta, con voz temerosa.)* ¿Se puede?

PAQUITO.—*(Gritando más.)* ¡No!...

BENDAÑA.—¡Mi madre!... Hombre, yo venía...

PAQUITO.—¡Que no!...

BENDAÑA.—Bueno; pues adiós... *(Inicia el mutis.)*

PAQUITO.—Que no..., que no se vaya.

BENDAÑA.—¿En que quedamos?

MARCELINA.—Pase, pase usté y perdone, amigo Bendaña... Que es que no sabe lo que quiere.

PAQUITO.—Y cuando yo diga que no, hay que esperarse... a ver lo que añado.

BENDAÑA.—Bueno, hombre; dispensa... Pero como en cuanto dices que me vaya lo que añades es que no vuelva..., yo, por eso... Y qué, ¿cómo te encuentras?

PAQUITO.—Mal, muy mal. No tengo remedio, Bendaña.

BENDAÑA.—¡Amos, hombre!...

MARCELINA.—¡Pues así está día y noche! No dice otra cosa. *(Llora.)*

BENDAÑA.—Pero Paquito, ¡por Dios!... ¿No ves a tu madre lo apurada que está?... ¿En qué estás pensando?...

PAQUITO.—En nada.

MARCELINA.—¿Oye usté?

BENDAÑA.—Bueno, en lo que ha pensao toa su vida; eso no es alarmante.

MARCELINA.—Pero ¿usté cree, amigo Bendaña, que es motivo el que una mostrenca...?

PAQUITO.—*(Furioso.)* ¡Mostrenca, no!

MARCELINA.—Bueno, no te alteres; la llamaré como te dé la gana...

PAQUITO.—*(Gritando.)* ¡Mostrenca, no!

MARCELINA.—Pero ¿usté cree que es motivo el que esa... chiquilla le haya dao calabazas pa acarrearse esta enfermedá?...

BENDAÑA.—Naturalmente, señora. Pero si es lo que vengo diciendo, no digo desde que hacemos uso de razón, porque nosotros la razón no la hemos usao casi nunca; pero, vamos, desde siempre: «Mira, Paquito: y que no le hagas mucho caso a las mujeres, porque las mujeres no son más que un conglomerao.» ¿Te lo he dicho?

PAQUITO.—Pero lo que no me has dicho es lo que es un conglomerao.

BENDAÑA.—Pues un montón de cosas buenas y malas. Y las mujeres hacen como los vendedores de fruta: que las buenas las ponen encima... Pues no seas tonto, y cuando te arrimes cómprales un kilo naa más de lo que se vea, y te llevas la flor... ¡Pero como te entusiasmes y te quedes con todo el montón, pues tienes que cargar con lo mollar y con lo agusanao!... ¡A ver si es mentira!...

MARCELINA.—*(En voz baja.)* Calle usté, que me parece que se ha quedao un poco traspuesto..., y tengo impaciencia por saber...

BENDAÑA.—Sí, pero que no nos oiga... Porque si averigua que yo voy y vengo...

MARCELINA.—¡Chis!... Venga usté y no levante la

voz. *(Se van aparte y hablan en voz baja.)* Qué, ¿hizo usté mi encargo?

BENDAÑA.—Sí, señora; pero sin resultao ninguno.

MARCELINA.—*(Apurada.)* ¡Santo Dios!... ¿No quieren venir?

BENDAÑA.—Ni a la rastra. Claro, ven que ha tenido usté que humillarse y abusan. Dicen que usté los echó de esta casa y que ni ellos ni su hija vuelven a poner más los pies en ella, pase lo que pase.

MARCELINA.—¡Dios mío! Pero ¿usté les ha suplicao...?

BENDAÑA.—¿Suplicar?... Más: se lo he pedido de rodillas.

MARCELINA.—¿Y les ha ofrecido...?

BENDAÑA.—...las dos mil pesetas que usté me dijo.

MARCELINA.—¿Y ni así...?

BENDAÑA.—¡Emperraos en que no vienen y que no vienen!

MARCELINA.—¡Qué orgullo, Dios mío, con una pobre madre!... Entonces, ¿qué más puedo hacer yo? ¡Porque si esa chica no vuelve, mi hijo me se muere..., o me se mata, Bendaña, o me se mata, que me lo estoy temiendo todo!

BENDAÑA.—¡Por Dios, señá Marce! ¡No diga usté eso!

MARCELINA.—Es que tenía una pistola y la ha escondido..., y de cuando en cuando dice unas cosas que ponen los pelos de punta.

BENDAÑA.—¡Caramba! Pues sí que sería una gracia...

MARCELINA.—¿Qué haría yo, Bendaña; qué haría yo?

BENDAÑA.—¿Por qué no llama usté al señor Santos y le consulta?

MARCELINA.—Sí, es verdá... Baje usté a la tienda y llámele por teléfono. Dígale usté que si pue venir a escape.

BENDAÑA.—En un vuelo... ¡Eso de la pistola me ha dejao...!

PAQUITO.—*(Se incorpora lívido, con los pelos de punta, llevándose las manos a la garganta, al pecho, a la cabeza, al estómago.)* ¡Ay, ay, ay, ay!...

MARCELINA.—*(Corre alarmada.)* ¿Qué te pasa, hijo mío?

BENDAÑA.—*(Idem.)* ¿Qué es eso, Paquito?...

PAQUITO.—¡Ay mamá!... ¡Ay mamá de mi alma, que yo me pongo muy malo, que yo me muero!

MARCELINA.—¡Por Dios, que llamen al médico!

PAQUITO.—¡No, que me pondría peor!...

MARCELINA.—¡Pero no te asustes, hijo; si ya les has oído decir a todos que no tienes nada!

PAQUITO.—Sí, mamá, sí tengo; que voy a respirar y el aire no me pasa de aquí, y piso el suelo y me se hunde, y las piernas me se doblan, y los brazos me cuelgan... ¿Por qué me cuelgan a mí los brazos, Bendaña?

BENDAÑA.—¡Por lo que a mí; porque no los llevamos con guardamalletas, mia éste!

PAQUITO.—¡Yo estoy muy malo, mamá!

MARCELINA.—Lo que debías tomar es alimento, que to eso es debilidá.

PAQUITO.—No, no es debilidá, mamá; es que me muero, es que no puedo vivir así, no, no puedo vivir así ni un día más. ¡Pronto te voy a dejar sola!

MARCELINA.—¡Por Dios, hijo, calla! ¡Calla y no me asesines, que parece que te gozas en martirizarme!

PAQUITO.—*(Cambiando la expresión de terror en iracundia.)* ¿Que no la asesine? ¡Bien se conoce que la remuerde a usté la conciencia!

MARCELINA.—¿A mí?

PAQUITO.—¡A usté!... ¡Sí, a usté, que es la que tiene la culpa de todo lo que estoy sufriendo, de todo lo que estoy pasando!

MARCELINA.—¿Que yo tengo la culpa?...

PAQUITO.—Sí, señora... ¡Porque si usté no hubiese echao de esta casa a la Amalia ni a sus padres, no estaría yo como estoy!

MARCELINA.—Pero yo lo hice porque te despreciaban.

PAQUITO.—Usté lo hizo porque siempre ha tenido un carácter orgulloso y arrebatao... Ni más ni menos... ¡Orgulloso y arrebatao! ¡Ni más ni menos!

MARCELINA.—*(Asustada.)* Sí, hijo, sí, bueno; pero

¡por Dios, perdóname y no te exaltes, porque luego te pones peor...

PAQUITO.—¿Y qué me importa ponerme peor, si lo que quiero es morirme?

MARCELINA.—¡Pero hijo!...

PAQUITO.—¡Sí, morirme, morirme!

MARCELINA.—¡No, hijo, no!... ¡No me digas eso, por Dios!... *(Llora.)*

PAQUITO.—*(A Bendaña. Imperativo.)* Déjanos, que tengo que hablar a solas con mi madre.

BENDAÑA.—Sí, hombre, lo que quieras... *(Aparte.)* Voy a avisar al señor Santos. *(Sale disparado.)*

PAQUITO.—¡Mamá!

MARCELINA.—¡Hijo mío!

PAQUITO.—Mamá, yo siento con toda mi alma tenérselo que decir a usté, pero yo, yo necesito que vuelva la Amalia a esta casa... ¡Yo necesito hablar con ella hoy mismo, pero hoy mismo!

MARCELINA.—¿Cómo hoy mismo?... ¿Y si no quisiera venir?

PAQUITO.—Ruégueselo usté..., suplíqueselo usté... Yo necesito que la Amalia me quiera, ¿lo oye usté? Que la Amalia me quiera, porque es que no puedo vivir sin ella; no puedo, no puedo, no puedo... *(Llora.)*

MARCELINA.—Pero ¿te has olvidao que tiene un novio?...

PAQUITO.—¡No me he olvidao de eso ni de nada!... ¡Pero de lo primero que me acuerdo es de que yo la quiero con locura..., y lo que no me se olvida un segundo, porque lo tengo metido aquí como un clavo, es que si ella no me quiere ya no me importará la vida para nada; y entonces puede que..., puede que haga un disparate, mamá!... ¡Por éstas que puede que haga un disparate!

MARCELINA.—¡Calla, calla, por Dios, que estás loco!...

PAQUITO.—Tengo la pistola escondida, y si hoy no hablo con ella..., si hoy no me dice que me quiere... Si hoy no... Yo no sé si..., yo no sé si...

MARCELINA.—¡Por Dios, cómo tiemblas!... ¡Me das miedo! *(Sirviéndosela.)* ¡Tómate esta cuchara-

da, que es calmante *(Se lo da.)*; anda tómatela!...

PAQUITO.—*(Con mano trémula intenta llevársela a la boca y no acierta.)* No, no puedo..., ni me encuentro la boca..., ni me... *(Tira la cuchara.)* Además, que yo ya no quiero nada, nada... Yo ya no quiero sellos, ni píldoras, ni nada... *(Esparce los papeles por el aire y tira las píldoras por el suelo.)* ¡Fuera el salicilato, el valerianato, el bicarbonato! *(Lo tira todo de los frascos, epilépticamente.)* ¡Fuera todo! ¡Es su cariño, su cariño, lo único que me hace falta!

MARCELINA.—¡Pero, hijo, que te vas a volver loco, que me estás matando!

BENDAÑA.—*(Saliendo.)* ¡Vuelve en ti, Paco!... Pero ¿no te se mueve el corazón viendo el dolor de tu madre?

MARCELINA.—*(Llorando.)* ¡Deje usté; que ya no le importa para nada su madre! *(Con gran aflicción.)*

PAQUITO.—*(Reaccionando ante el desconsuelo de Marcelina.)* ¡Ay mamá; no llore usté, por Dios, que sí que me importa usté!... Y ahora, recogeremos las píldoras... *(Autoritariamente.)* ¡Bendaña, recoge las píldoras a escape!

BENDAÑA.—Pero ¿cómo recojo yo doscientas cuarenta y ocho píldoras lo menos? *(Tratando de recoger algunas.)*

PAQUITO.—¡Recoge los polvos en seguida!

BENDAÑA.—¡Como no sea con un plumero!...

PAQUITO.—¡Recógelo todo, todo!... ¡Pronto!... ¡Que no llore mi madre!

BENDAÑA.—Bueno... *(Hace como que recoge.)*

PAQUITO.—Y usté, mamá, perdóneme los disgustos que le estoy dando...; pero, por Dios, traiga usté a la Amalia, sea como sea. Que venga, que quiero verla, que tengo que hablarla hoy, ¡hoy mismo! ¡Hoy mismo, mamá! *(Llorando.)*

MARCELINA.—Sí, pero vamos a la cama, que estás muy excitao. ¡Ayúdeme a llevarlo, Bendaña! *(Le cogen de los brazos.)* Y no llores, hijo mío, y estate tranquilo, que vendrá; yo iré a pedírselo, aunque

me escupan; yo iré a buscarla, aunque tuviese que consentir que me arrancaran el pellejo a tiras. *(Hace mutis por la primera izquierda.)*

ESCENA II

BENDAÑA; luego, MARCELINA, que sale de la primera izquierda, desesperada.

BENDAÑA.—¡Bueno; este chico no está pa competir con Ramper, ni mucho menos!... Pa mí que tiene un desequilibrio mental, que ya no se acuerda ni por dónde se come el cocido. Y luego eso de que haya escondido la pistola me tiene a mí..., porque estos neurasténicos, como les dé la negra...

MARCELINA.—*(Desfallecida.)* ¡Ay Bendaña, yo ya no puedo más!... ¡Es mucho esto hasta para una madre!...

BENDAÑA.—¡Me hago cargo, señá Marce!... A mí también me tiene...

MARCELINA.—¡Ya lo ha oído usté!... O viene la Amalia hoy o ese chico se mata... ¡Y eso no, Bendaña; eso, no, porque sería mi muerte!

BENDAÑA.—¿Y qué hacemos?

MARCELINA.—Vuelva usté otra vez a casa de la Tere y ofrézcales tres mil, cinco mil, ocho mil pesetas... ¡Lo que quieran!... Dígales que vengan, que es pa pedirles perdón. ¡Pínteles usté este cuadro! ¡Y que vengan, que se lo pide una madre desconsolada!...

BENDAÑA.—Sí, señor. ¡Me da rabia, indignación, que usté tenga que humillarse tanto!... ¡Pero maldita sea mi suerte, que le juro a usté que los traigo aunque sea en una espuerta!... ¡Por éstas!

MARCELINA.—¡Sí; hágalo usté por mí!

BENDAÑA.—¡Los traigo! ¡Yo no sé en cuántas veces, pero los traigo! *(Vase por la derecha.)*

ESCENA III

MARCELINA y el SEÑOR SANTOS.

MARCELINA.—¡Que Dios le ilumine y a ellos les toque en el corazón!

SANTOS.—*(Entrando por la primera derecha.)* ¡Marce!...

MARCELINA.—¿Tú?

SANTOS.—Salía Bendaña cuando yo iba a llamar. Recibí tu recao telefónico pa que viniera, y aquí me tienes. ¿Qué ocurre?

MARCELINA.—¡Perdona que te haya molestao, Santos, pero estoy loca!...

SANTOS.—Tú mandas en mi vida, ya lo sabes.

MARCELINA.—¡Ay Santos!; pues te he llamao porque necesito tu consejo. El chico caa día está peor... ¡Y hoy ha llegao ya a un extremo!...

SANTOS.—*(Ríe.)* ¿Y pa eso me llamas?... ¡Amos, no hagas caso de tontunas, Marce!

MARCELINA.—¿Que no haga caso?...

SANTOS.—Natural. Afortunadamente, la enfermedá de tu hijo no te debe inquietar.

MARCELINA.—No empieces, Santos. ¡Tú no sabes lo que está sufriendo!

SANTOS.—Pues lo que está sufriendo no es ni más ni menos que la rabia de un capricho contrariao en una criatura consentida y voluntariosa.

MARCELINA.—¿Y too lo que padece?

SANTOS.—Nada. El de la Amalia es el primer capricho que le falla. Esa chiquilla, o porque no le quiere o porque es juiciosa, le ha puesto la proa, y a él, acostumbrao a hacer tabla rasa con todo, se le ha venido el mundo encima. Y eso es lo que tiene. Ni más ni menos.

MARCELINA.—¿Y tú crees que sólo por eso pasaría las noches que pasa y las angustias que padece?

SANTOS.—Mira, Marce: yo creo en todas las enfermedades cuando el enfermo es el que sufre;

pero en aquellas en que el enfermo se alimenta mejor, bebe mejor y se pasa la vida tumbao, y los únicos que ni comen, ni beben, ni descansan son los que le rodean, en ésas, ¡qué quieres que te diga!, no tengo mucha fe. Pero lo malo no es lo del chico. Lo que siento es lo tuyo, que veo que te consumes y pierdes la salú, y que además he sabido que te estás rebajando a una gente vocinglera que se ufana de tu humillación y que se burla de ti y te va a explotar.

MARCELINA.—Por un hijo se debe hacer todo, Santos.

SANTOS.—¡Por un hijo se debe hacer todo, Marce!... Se debe hacer todo..., ¡todo!..., menos quererlo tanto, que de tanto quererlo hagamos ya casi imposible su felicidad, que es lo que tú has hecho. Ya te lo dije. ¡Si me hubieras creído!

MARCELINA.—Mira, Santos: ya no es hora de reflexiones ni de volver sobre lo pasao, sino de darme un consejo que me evite una desgracia.

SANTOS.—Pues mi consejo es que me dejes intervenir. Tu hijo no tiene más atadero que el que yo, autorizao por ti, intervenga y le haga volver a la reflexión y le meta en vereda enérgicamente.

MARCELINA.—*(Horrorizada.)* ¡Calla, por Dios, Santos, que el chico con la idea que te tiene se moría del disgusto!

SANTOS.—¡Qué se iba a morir!... Ya sé yo que al principio pelearíamos, pero yo le traería a la razón por las buenas, que yo no le quiero mal... ¿Cómo no he de querer yo bien a todo lo que sea tuyo?... Hazme caso, Marce; déjame intervenir, que aún podemos ser felices todos. Este es mi consejo.

MARCELINA.—¡Pues no es ése el consejo que yo quería de ti!

SANTOS.—Pues no tengo otro que darte.

MARCELINA.—¡Lo siento; pero ése en estas circunstancias no me vale!

SANTOS.—¿Qué se le va a hacer?... Otros días traerán otras horas y otras horas otras circunstancias. Y entonces hablaremos, que la vida no nos suelta sin darnos a cada uno lo que nos correspon-

de... Conque... *(Inicia el mutis.)* sigue en tu ceguera.

MARCELINA.—Vete con Dios, Santos.

SANTOS.—Hasta más ver. *(Vase por la primera derecha.)*

MARCELINA.—*(Llorando.)* ¡Qué lucha, Dios mío! ¡Cada uno con su egoísmo o con su capricho! ¡No hay cariños ni amistades en el mundo!... ¡Mentira!... Y el que sufre se queda solo, solo en la vida, para luchar con sus penas, y no hay más.

ESCENA IV

MARCELINA y PATRO, que sale por la segunda izquierda.

PATRO.—¡Señora, señora!...

MARCELINA.—¿Qué pasa?

PATRO.—¡Que por el balcón del gabinete he visto al señor Bendaña que trae a la señá Tere y al señor Pepe en un «taxis»!

MARCELINA.—*(Con enorme alegría.)* ¡Los trae!... ¡Ay, gracias, Dios mío!

PATRO.—¿Abro?

MARCELINA.—Sí, corre. *(Vase Patro.)* ¡Los trae!... ¡Por fin! ¡Virgen de la Paloma!... ¡Te debo un «taxis» de cera!...

ESCENA V

MARCELINA y BENDAÑA.

BENDAÑA.—*(Entrando por la primera derecha.)* Ahí los tie usté.

MARCELINA.—Gracias, Bendaña. ¿Y cómo los ha traído?

BENDAÑA.—Con la puesta en marcha.

MARCELINA.—¿Qué es eso?

BENDAÑA.—Dándoles cada empujón de seis metros..., hasta que hemos llegao a un «taxis».

MARCELINA.—¿Y cómo vienen?

BENDAÑA.—¿Tiene usté mucha paciencia?

MARCELINA.—Mucha.

BENDAÑA.—Pues azquiera usté seis kilos más, por lo que sea, que todo le va hacer falta.

MARCELINA.—Voy a cerrar la alcoba de mi hijo, pa que no los oiga. *(Vase por la primera derecha.)*

BENDAÑA.—Y yo voy a introducirlos. Ya me contará usté... *(Saliendo.)* Que pasen ustedes.

ESCENA VI

TERE y PEPE; luego, MARCELINA.

PEPE.—*(Asomándose desde la puerta.)* ¿Pa qué soy requerido?

TERE.—*(Que se asoma después.)* No te desperdicies, galán, que no hay nadie.

PEPE.—Se pue pasar...

TERE.—¿No te digo que sí?

PEPE.—Déjame que termine; se pue pasar el que te echen de una casa; pero que te pidan luego de rodillas que vuelvas es un cúmulo que hay que explotarlo, Tere... ¿Te has percatao?

TERE.—¡A mí con ésas!... ¡Esta se la cobramos, pero en gordo!... ¡Chis..., que sale la Marce! Caras duras. *(Las ponen.)*

PEPE.—¡Fíjate en la mía: hormigón armao!

MARCELINA.—*(Entrando muy risueña.)* ¡Buenos días!...

TERE.—Veremos.

PEPE.—«Buen jour.»

TERE.—¡Ojo con lo que dices!

PEPE.—El francés no compromete a nada.

MARCELINA.—¡Gracias a Dios que se os echa la vista encima!

TERE.—Por poco será, que no somos calientasillas.

MARCELINA.—Bueno, mujer. Y qué ¿cómo estáis?

TERE.—Mejor que el día que nos echaste, a Dios gracias. Joselito ha ganao tres kilos...

PEPE.—Se puede comprobar...

TERE.—Y una servidora, cinco. Conque ya ves.

MARCELINA.—Bueno, Tere; pero no hay por qué recordar lo que yo quiero que olvidemos todos. Aquello fué un acaloro.

TERE.—Pues hija, hay que mirarse un poco antes de acalorarse, pa no tener luego que guardar el genio en una fresquera, como salta a la vista.

MARCELINA.—Bien está, mujer; pero no seas rencorosa. Os he suplicao que vinierais; habéis venido, pues tan contenta. Pero sentaos. *(Alto, al sordo.)* Siéntate y quítate la gorra, si quieres.

PEPE.—Gracias, es comodidad. ¿Dónde me siento?

TERE.—Ahí en el sillón.

PEPE.—¿No tenéis mecedoras?

TERE.—¡Como no te columpies en el trinchero!...

PEPE.—*(Cogiendo una botella del aparador.)* ¿Se pue beber una copa de esto?

MARCELINA.—Las que quieras.

PEPE.—*(A Tere.)* ¿Gustas?

TERE.—Ni aunque fuera gloria.

PEPE.—Yo, sí. *(Se sirve una copa.)* Es jerez. *(Se persigna antes de beberla.)*

TERE.—¿Por qué te persignas?

PEPE.—Porque es de Misa. *(Se la bebe, besa la copa y la deja.)* Caa uno, sus creencias.

MARCELINA.—Bueno, pues a lo nuestro. Tere, os he llamao, voy a hablaros con toda la franqueza de mi corazón, porque ya sabéis que al chico le ha entrao una pasión de ánimo por la Amalia, que si la chica no viene a verlo yo creo que me se muere...

TERE.—Pues, hija, mal asunto es ése, porque ya sabes que la Amalia tiene novio.

MARCELINA.—¡Pero no será una cosa tan formal, mujer!

TERE.—Formalísima. Se trata de un chaval, tra-

bajador, honrao, vecino de toa la vida... ¡Una alhaja!...

PEPE.—Ha sío sacristán; no te digo más.

MARCELINA.—Pero vosotros podíais hablarle a vuestra hija, por lo menos, pa que le diese largas al asunto...

PEPE.—¿Y quién le da largas a un sacristán?

TERE.—¡Ni hablar de eso! ¿Cómo quieres que obligue yo a una hija, que es lo más sagrao, a que un cariño que tiene lo tire a la calle por un capricho de un...?

MARCELINA.—Mira, Tere: es que como convenirle a la Amalia yo creo que mi hijo le conviene más que ninguno... A más que yo..., vaya, vamos a poner las cartas boca arriba, si la cosa se arreglara, os sacaba de pobres pa siempre. Así... como suena.

TERE.—*(Acercando la silla.)* A ver, a ver. ¿Qué dices?

MARCELINA.—Que lo primero que yo haría, si lo de los chicos se arreglara, es poneros donde quisierais una tienda de lo que os diera la gana, y ya teníais pa vivir too lo que vivierais.

TERE.—¡Caray!... *(Alto, a Pepe.)* Que dice que si la Amalia y Paquito se arreglan, que nos pondría una tiendecita.

PEPE.—Alto el camión. A mí no no me satisface el comercio. Eso da trabajo... Yo prefiero un capitalito pa renta. Ya conoces el ideal del obrero manual: estar mano sobre mano. ¡Porque más manual que eso!...

TERE.—*(A Pepe.)* Oye: ¿y si nos pusiera un establecimiento de vinos?

PEPE.—Eso ya va más encarrilao.

TERE.—Podríamos añadir una miaja de tienda de comidas y yo me apañaría a guisar.

PEPE.—Bueno, tú haz lo que te cuadre; ahora, que servidor, trabajar, de ninguna forma; que yo ya no vuelvo a coger la brocha más que pa usos domésticos, porque en cuanto yo tenga la probalidá de tener dos pesetas seguras, me dices como pintor que te dé una mano, y no te doy una mano ni pa

levantarte del suelo. A partir de ahí, y conocidos mis ideales, tuyo seguro servidor...

MARCELINA.—Bueno; todo eso es a tratar en vuestra conveniencia. Conmigo contar pa todo. Pero lo primero es que la Amalia vuelva hoy mismo a esta casa, y que el chico la vea. ¿Dónde podría yo encontrarla?

TERE.—Bien cerquita. Abajo en la esquina la tienes.

MARCELINA.—¿Abajo?... ¿Subiría si yo se lo pidiera, Tere?

TERE.—Tiene mucho orgullo y es muy sentida; pero ¡prueba a ver!...

MARCELINA.—Pues yo misma voy a bajar por ella. ¡Con tal de darle a mi hijo esa alegría!... ¡Ojalá que quiera subir!...

TERE.—Dila que hay ascensor, que eso anima.

MARCELINA.—Aguardar un minuto. *(Vase por la puerta derecha.)*

ESCENA VII

TERE y PEPE.

TERE.—¡La hemos chafao!

PEPE.—¿Qué?

TERE.—Saca la trompetilla pa no chillar, no sea que alguien... *(Indica el oído.)*

PEPE.—*(La sopla en la propia cara de Tere.)* Dime.

TERE.—*(Rechazándole.)* ¡Amos..., desinféztala pa otro lao, que me has dejao ciega!...

PEPE.—Bueno, venga.

TERE.—Que yo ya me veo con el negocio montao y el restaurán montao.

PEPE.—Sí; pero como la Amalia se ponga tonta, tengas montao lo que tengas montao, te lo apea. Que ya la conoces.

TERE.—Oye: en caso de que la cosa se arreglara, ¿cómo le pondríamos al restaurán?

PEPE.—Le podíamos poner un nombre vasco, que ahora están de moda: Chacharramelamundi.

TERE.—Pero ¿eso es una cosa pa comer?

PEPE.—No; pero es pa hacer apetito, porque es larga.

TERE.—¿Y si le pusiéramos A la Buena Digestión?

PEPE.—No está mal; y después, a los postres, podías dar bicarbonato.

TERE.—No es ninguna tontería.

PEPE.—Y menos guisando tú.

TERE.—La paella a la valenciana podías hacerla tú. Eso lo haces muy bien.

PEPE.—¿Y qué me dices de los callos?

TERE.—Que te los cuides. Y calla, que suben.

ESCENA VIII

DICHOS, AMALIA y MARCELINA, que entran por la primera derecha.

MARCELINA.—¡Pasa, hija, pasa, que no sabes la alegría que me das!

AMALIA.—*(La sigue alegre, riendo, contenta, más bonita que nunca.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡Y yo encantada tía, que ya ve usté cómo me se sale la risa a chorros, de volverme a ver aquí!... ¡Y desde mañana empiezo a peinarla a usté otra vez, como si tal cosa!... ¡Y la hago la ondulación Marcel!

MARCELINA.—¿La has aprendido?

AMALIA.—Muy bien; ya no quemo más que la mitad de las ondas.

MARCELINA.—¡Tú siempre tan diablo!... Pues, ¡ay, hija!, tú no sabes el bien que puedes hacer hoy en esta casa.

AMALIA.—Pues todo el que pueda hacer, ya está hecho.

MARCELINA.—¡Ya ves, cuando yo misma he bajao a suplicarte!...

AMALIA.—Porque ha sido de su gusto. Que a mí, a buenas, no digo yo subir; me manda usté llevarle el gazpacho a Taina, que vivía dos calles más abajo de donde Cristo dió las tres voces, y voy a la pata coja.

MARCELINA.—¿De modo que vuelves contenta?

AMALIA.—¡Pero si yo soy como la pelota, tía: que me echan contra la pared y vuelvo!... ¿Cómo no volver a sus brazos?... ¡Qué sí, que siempre! ¡Que viva mi tía!

MARCELINA.—*(La abraza.)* ¡Hija de mi alma!

TERE.—¡Pero no des voces, que hay enfermos, y tú eres una escandalosa!

AMALIA.—*(Bajando cómicamente la voz.)* ¿Escandalosa..., y no como nueces por no meter ruido?... Bueno, tía: ¿y pa qué soy requerida, como dice mi padre?

MARCELINA.—¡Ay Amalia, Paquito está loco!

AMALIA.—¡Usté exagera!... ¡Me han dicho que tonto naa más!

MARCELINA.—Y yo quisiera que tú le oyeses..., por lo menos que le oyeses...

AMALIA.—Con poco fuerte que hable...

MARCELINA.—Pero no como aquel día..., sino dándole siquiera una esperanza.

AMALIA.—*(Riendo.)* ¡Pa que se la juegue al mus! Vamos, vamos, tía, digale a ese maula que salga, que me han dicho que está neurasténico y que llora, y tengo mucha gana de reírme viéndole llorar. Ande usté.

MARCELINA.—¡Sí, sí!... ¡Verás qué alegría le damos!... *(Vase por la primera izquierda.)*

ESCENA IX

TERE, AMALIA y PEPE.

TERE.—Bueno, hija, ya habrás visto que aquí somos los amos, si sabemos aprovecharnos; conque ten ojito.

AMALIA.—No quiero tener naa, que pa mí, que cuando se hace uno el amo de donde no lo es, lo que es, es un sinvergüenza.

TERE.—Pero ¿estás oyendo?

PEPE.—Yo, no.

TERE.—Más vale. Estoy viendo que se nos repucha.

PEPE.—Te advierto que si le haces caso a Paquito y pasaporteas a Casiano, nos ponen un establecimiento mercantil y alimenticio. Naa más que eso. Y Lhardy, se fini. *(Se pone la corneta al oido.)* ¿Qué dices?

AMALIA.—*(En la trompeta.)* ¡Que tararí!... Porque no sé cómo se toca silencio con trompeta.

TERE.—Pero ¿qué vas a hacer, so loca?

AMALIA.—Lo que me convenga, respetos aparte, madre.

TERE.—Pero tus padres te tien que aconsejar.

AMALIA.—Ustés me aconsejan lo que quieran, y Dios se lo pague; pero mi vida es mi vida, y me la tengo que vivir yo sola de arriba abajo; conque ustés se callan como dos tumbitas y me dejan, que en estos asuntos del principal izquierda quiero caminar por donde sea de mi agrado.

TERE.—¿Entonces, quié decirse...?

AMALIA.—Que tengo echadas las cuentas de mi vida. Naa más. Y cuando ustés vean que les ofendo en su respeto de padres u en su honra de personas cabales, me avisan. Tan y mientras, dos puntos.

TERE.—Eso de dos puntos no lo dirás por nosotros...

AMALIA.—¡Dios me libre! Yo lo que digo es que lo que hago sé por qué lo hago, y naa más.

TERE.—*(Al marido.)* Oye: saca los tres pisos. *(Pepe saca la trompetilla en toda su extensión.)* Me estoy viendo La Buena Digestión por el suelo.

PEPE.—Mira, Amalia: hazle caso a tu padre, y hazle caso a tu primo, y hazle caso... *(Indica acción de dinero con los dedos.)*

AMALIA.—¿A usté le gusta la plaza del Callao?

PEPE.—Mucho.

AMALIA.—Pues como si la hubiese ganao por oposición. Conque mutis, que salen. *(Los hace salir.)*

PEPE.—Naa, que estás perdido cuando te toca en el sorteo una hija modernista y feminista.

TERE.—Claro, como que no hacen más que lo que les da la ganita. *(Hacen mutis por la segunda derecha.)*

ESCENA X

AMALIA, MARCELINA y PAQUITO.

PAQUITO.—*(Que sale por la primera izquierda del brazo de su madre.)* ¡Pero para qué me hace usté salir aquí mamá, si no tengo alientos ni para moverme!

MARCELINA.—*(Haciendo señas de inteligencia a Amalia, que se ha ocultado un poco.)* A ver si revives cerca del balcón, hijo mío, que ya va a entrar el sol...

PAQUITO.—*(Tristón y lloroso.)* ¡Sí, sí, revives!... Y este brazo que me se ha dormido..., y este otro que no puedo moverlo..., y las piernas, que siento un hormigueo que también me se van a dormir...

AMALIA.—*(Muy alegre.)* ¡Pues a espabilarlo todo, galán, que ha llegado el despertador!

PAQUITO.—*(Sin saber si llorar o reírse, pero con una emocionada y enorme alegría.)* ¡Amalia!

AMALIA.—¡Paquito! *(Se abrazan. El no la suelta. Tiembla y ríe histéricamente.)*

PAQUITO.—¡Ay Amalia de mi vida!... ¡Ay!, pero ¿eres tú?... ¡Sí!... ¡Tú!... ¡Tú!...

AMALIA.—¡Sí, yo!... ¡La mismita!...

PAQUITO.—*(Sin soltarla, a su madre.)* ¡Ay!, pero ¿es ella?

MARCELINA.—¡Sí, hombre; palabra de honor; pero suéltala!

PAQUITO.—¡Bien decía usté que iba a entrar el sol! ¡Ay mamá, gracias, gracias!... ¡Ay Amalia *(Sin soltarla todavía)*, gracias, gracias!... Pero ¿eres tú?...

AMALIA.—Sí, hombre; toma la cédula y suéltame si quieres...

PAQUITO.—¡Ay, si no puedo!... Si es que no puedo soltarte... Si es que estoy nervioso y mareao, y si me suelto me caigo.

AMALIA.—Pues cáete, que ya te cogeremos.

PAQUITO.—No, que me puedo hacer daño.

MARCELINA.—¡Pero suéltala, hijo!

PAQUITO.—¡Sí, claro; a usté como no le dan mareos!...

AMALIA.—Y qué, ¿cómo te encuentras, mamarracho?

PAQUITO.—*(Lloroso.)* ¡Ay Amalia! ¡Si vieras qué días estoy pasando!...

AMALIA.—Ya me han dicho que estás más triste que un callejón sin salida.

PAQUITO.—¡Y mira cómo me he desmejorao!

AMALIA.—¡Quia, hombre, si ties una cara que de guapo le pues dar veinticinco pa cincuenta a Chon Chilber!...

PAQUITO.—Pues todos los médicos me aseguran que tengo estropeaos los grandes vasos...

AMALIA.—¿Y qué falta te hacen a ti los vasos?... ¡Bebes en porrón! ¡El asunto es que no te se deteriore el resto de la vajilla, tonto!

PAQUITO.—¡Ay Amalia, por lo que más quieras, no me hagas reír!

AMALIA.—¿Que no te haga reír?... Pero ¿es que te han puesto contador?... ¡Amos, ríete, que aún no lo cobran!

MARCELINA.—¡Ay, que se ríe! ¡Se ríe! ¡La primera vez que se ha reído en dos meses!...

AMALIA.—¿De modo que he venido yo a hacer de Charló?...

PAQUITO.—¡A hacer de gloria divina! *(Abrazándola.)*

MARCELINA.—¡Y ya tiene otra cara!

AMALIA.—*(Rechazándolo.)* ¡Y otros hechos..., sí, señora!

MARCELINA.—¡Y si tú quisieras le traía yo un poco de alimento, a ver si, distraído contigo, se lo tomaba!

AMALIA.—Bueno; lo que usté quiera. Le haré de vermú. ¿Daré yo apetito?

PAQUITO.—¡Como pa morirse de gana! Y tú ¿me darás lo que me traigan?

AMALIA.—Todo. Y lo que yo te dé, te lo puedes tomar con satisfacción, que está feo que yo lo diga, pero soy de curiosa que a mí no me se para una mosca encima... sin limpiarse las patas. Conque, hale, tráigale usté al perita lo que sea.

MARCELINA.—Una taza e caldo y un sesito. Voy por ello.

AMALIA.—Oiga usté, tía: ¿y si cuando se vaya usté se marea?...

MARCELINA.—Sales. Ahí tienes el frasco. *(Lo señala y vase segunda derecha.)*

PAQUITO.—¡Ay Amalia, qué gana tengo...!

AMALIA.—¡Pues ahora, cuando traigan la comida, te hinchas!...

PAQUITO.—No; digo que qué gana tengo de hablar contigo, de hablar mucho...

AMALIA.—¿Para qué?

PAQUITO.—Pues para... ¡Ay Amalia, qué guapa estás!... ¡Ay Amalia, que tengo una congoja... de la impresión de verte!... Dame la mano, que me mareo... *(Intenta cogérsela.)*

AMALIA.—No, no; estate quieto, que ya has oído a tu madre... Si se marea, sales..., sales y me llamas..., conque... *(Inicia el mutis.)*

PAQUITO.—No, no salgas; no te vayas..., que quiero decirte algo de que quizá dependa mi felicidá..., ¡tal vez mi vida!

AMALIA.—¡Caray, cuánta cosa!... ¡A ver qué es eso tan complicao!

PAQUITO.—¡Que yo me voy a morir, Amalia!

AMALIA.—¡Toma, y yo..., pero no sé cuándo! Ahora que no pienso meter prisa, a ver si se distraen y me dejan un rato.

PAQUITO.—No te rías, que es que yo me voy a morir de veras.

AMALIA.—Pero ¿por qué, so tonto?

PAQUITO.—Porque hay una mujer que no me quiere..., que no me quiere porque quiere a otro.

AMALIA.—Sí que es mal negocio.

PAQUITO.—¿Qué remedio crees tú que tiene eso, Amalia?

AMALIA.—Ninguno. Hay que sufrir y aguantarse, y que la pena te sirva pa hacerte mejor y pa llegar a valer más que el sujeto por quien te han despreciao, que es lo único que te consolará un poco. No tienes otro remedio.

PAQUITO.—Sí, yo haría eso; pero es que no puedo, porque la neurastenia me ha dejao sin voluntá.

AMALIA.—Pues cómprate una o que te la presten, que el que vive sin voluntá no vive como quiere, sino como le dejan; y para eso más vale morirse.

PAQUITO.—Es que mi voluntá... la tiene otra persona, Amalia.

AMALIA.—¿Quién?

PAQUITO.—¡Tú!

AMALIA.—¿Yo?... Que me registren.

PAQUITO.—Es que me la ha robao el querer que te tengo.

AMALIA.—Pues denúncialo por hurto, y al Juzgao; que yo soy inocente.

PAQUITO.—¡Cómo te burlas!...

AMALIA.—¡Dios me libre! Pero no quiero caer en lo de la otra vez, y hago lo que me ha dicho tu madre: entretenerte hasta que te traigan el seso, que buena falta te hace, hijo mío.

MARCELINA.—*(Saliendo.)* Aquí está.

AMALIA.—¿Ves qué a punto?

MARCELINA.—Partidito ya y muy rico.

AMALIA.—*(Pinchándolo con el tenedor.)* Pues abre la boca, que ahí va el primer pedazo.

ESCENA XI

DICHOS y CASIANO, que aparece por la primera derecha.

CASIANO.—*(Es un joven obrero que viste un mono azul, de mecánico. Tiene el prurito de no dejar la gorra quieta. La golpea, le da vueltas, la sacude contra sí mismo, contra los muebles que tiene cerca, contra todo. Con cara abobada y complaciente.)* De salú sirva.

AMALIA.—*(Con alegría.)* ¡Mi novio!

PAQUITO.—*(Trocando su expresión alegre en un ceño sombrío.)* ¿Tu novio?

MARCELINA.—*(Contrariadísima.)* ¡Su novio!

AMALIA.—*(Sonriendo.)* ¡Casiano!...

CASIANO. *(Un poco asustado.)* ¿Qué pasa?

AMALIA.—Que has venido con la misma oportunidad que una murga a la hora de la siesta.

CASIANO.—¡Caray, pues sí que lo siento!... Estaba la puerta abierta, y yo... ¡Ustés disimulen que me haiga tomao la libertá de subir, que veo que he hecho un efecto, amos, que me está dando el corazón unos saltos que ni Isabelita Ruiz!... Yo, es que ésta me ha dicho: «Espera un minuto», y llevo esperando un rato como pa que se me haiga pasao de moda el trajecito.

MARCELINA.—Es mono.

CASIANO.—*(Creyendo que es por él, y muy satisfecho.)* Muchas gracias.

MARCELINA.—*(Muy seria.)* Digo que no es traje, que es mono.

CASIANO.—¡Ah, sí, señora!; mono de faena. Soy un humilde trabajador. No puedo pintarla más que los domingos; pero así me quiere ella con toda su alma, y gustándole a ella, ¿qué me importa lo demás?

AMALIA.—¡Y que lo digas, Casiano! *(Paquito da un gruñido y un puñetazo.)*

CASIANO.—¡Caray! ¿Qué pasa?... Y si es que he molestao subiendo, se perdona *(Sin dejar en paz la gorra.)*, porque también es que estaba intranquilo. Que como me ha dicho ésta: «Subo a ver a mi primo, que yace enfermo», y tardaba, dije: «A ver si es que se ha puesto peor ese primo que yace...»

PAQUITO.—*(Con voz ronca y gesto torvo.)* ¡Pues este primo no yace, pero está peor!

CASIANO.—¡Caray, pues me alegro mucho... haber subido!

MARCELINA.—¿Y usté no podía dejar la gorrita quieta?

CASIANO.—No, señora; que es que soy muy nervioso, y si me quitan este trajín de la gorra me da por arrancarme los botones, y calcule usté... En el invierno me pilla con gabán, y menos mal; pero en este tiempo, que ya no llevo ni chaleco, es un peligro...

AMALIA.—¡Qué gracioso eres, Casiano!

MARCELINA.—*(Contrariada.)* Ya, ya...

AMALIA.—El único defecto que tiene: hacer juegos malabares con la gorra.

CASIANO.—*(Alardeando.)* La inflo, la chafo, la volteo y me la pongo de siete maneras.

MARCELINA.—Lo único que no sabrá usté hacer es dejarla en la percha, ¿verdad?

CASIANO.—No, señora. *(A Amalia.)* Conque oye, cielo: ámonos, que el trabajo nos reclama *(Le enseña el reloj.)*, que mira la hora...

MARCELINA.—¿Y no se podía usté ir solo?

CASIANO.—¡No me dejaría ella!... ¡No pue vivir sin mí! ¡Diles lo que me quieres, que son de la familia!...

AMALIA.—¡Sí..., le quiero mucho, la verdá! Porque nos conocemos desde que hemos nacido y somos novios desde antes de nacer.

MARCELINA.—¡Caray!

AMALIA.—Sí, señora; parece raro, pero es verdá, porque es que su padre y el mío eran muy amigos, ¿sabe usté?, y fueron y dijeron cuando su madre y la mía estaban...

CASIANO.—Amos, esperando, porque habían coincidido: «A ver si nos sale una pareja...»

AMALIA.—Y salimos nosotros.

CASIANO.—Y, claro, pues desde pequeños, aprovechando esta coincidencia «non nata», pues nos queremos y nos...

MARCELINA.—*(Enojada y viendo el gesto de su hijo.)* Bueno, bueno...; ande usté a su trabajo.

CASIANO.—Mi trabajo es de electricista: perito instalador. Pero me agarro a todo lo que me sale; no descanso. Los domingos, en los ratos de ocio, hago jaulas pa grillos con tres departamentos y cuarto de baño; por las siestas tapizo, amos, que forro butacas, y por las mañanas construyo mondadientes de mi invención, con dos usos: una punta pa las muelas de arriba y otra pa las de abajo.

MARCELINA.—¡Qué monada!

AMALIA.—Se mata a trabajar y es bueno; pero no puede quejarse. Gana de ciento diez a ciento veinte pesetas semanales.

CASIANO.—Todo es poco, señora; mantengo a mi anciana madre y a una hermanita que tengo, que es idiota; somos mellizos.

PAQUITO.—*(Siniestro.)* ¡Ya se conoce!

CASIANO.—Pero todo tiene su recompensa, porque cuando termina el trabajo del día me espera ésta, y, ya de noche, damos una vuelta por las calles solitarias, muy pegaítos, muy pegaítos, y me dice unas cosas... Anda, diles lo que me dices.

AMALIA.—Pues nada; que hemos tomao una casita de diez duros, preciosa... Y la llamamos El Felicidá Palace... ¡Y yo, claro..., le planeo la distribución!... Aquí pondremos el comedorcito...; aquí, el gabinetito...; aquí, la alcobita... *(Paquito, frenético, da un puñetazo y un ronquido.)*

CASIANO.—¡Caray! Pero ¿qué le pasa a este joven?

MARCELINA.—¡Nada, la neurastenia!

CASIANO.—Pero ¿la ha cogido en Jaén?

AMALIA.—No, hombre...; pero como tú no dejas la gorra en paz y yo hablo más de la cuenta, se conoce que le estamos poniendo nervioso.

CASIANO.—Ties razón. Pues ustés disimulen, y vámonos, Amalia.

AMALIA.—Vámonos, Casiano.

CASIANO.—¿Conque he tenido acierto o no he tenido acierto?... Me quiere, me anima, me ayuda, me ilusiona... Es guapa, y es honrada, y será buena mujer pa mí y buena madre pa mis hijos.

AMALIA.—¿Pues y yo?... No es guapo, ni rico, ni fino, ni elegante; pero nunca le asustará la vida, porque sabe vivirla, y no se morirá acobardado en un rincón, porque sabe trabajar como un hombre, querer como un enamorao y reír como un chico..., que así debe ser la juventú. Conque vámonos, Casiano... ¡A vivir la vida! ¡A sufrir, a reír, a llorar..., a lo que sea!... ¡Pero a querernos!... ¡Que eso sí que es vivir!

CASIANO.—¡Amos allá!... Y bendita seas tú, tu alma, tu cuerpo, tu vida..., y ¡ole con ole! *(Echa la gorra en alto de alegría y la vuelve a recoger, y salen riendo y alegres como dos chiquillos felices por la puerta derecha.)*

ESCENA XII

MARCELINA y PAQUITO. Este, durante la escena anterior, con sus gestos y sus silencios, habrá dado a entender la amargura de su alma. Al fin, cuando se van los novios, radiantes y felices, un gesto, mezcla de odio y de envidia, ensombrece su cara, dándole un aspecto reconcentrado y siniestro; se levanta tambaleándose.

MARCELINA.—*(Que lo observa con terror.)* ¡Hijo mío!

PAQUITO.—¡Madre!

MARCELINA.—¿Qué te pasa?

PAQUITO.—Nada.

MARCELINA.—Es que yo te noto otra cara.

PAQUITO.—Y si me viese usté por dentro me notaría otra alma también.

MARCELINA.—¿Qué dices, hijo?

PAQUITO.—Contra usté, nada; no quiero decir nada, porque no ha hecho usté más que quererme; pero me ha querido usté tanto, tanto, que ha destrozao usté mi vida.

MARCELINA.—¿Yo?

PAQUITO.—Sí, madre; porque me ha dao usté todos los caprichos, todos los caprichos que no me importaban, y el único que me importa no me lo puede usté dar y se lo lleva otro... ¡Otro que ni es mejor que yo ni vale más que yo!...

MARCELINA.—*(Abrumada.)* ¡Hijo!

PAQUITO.—¡Madre!... ¿Por qué no me ha enseñao usté a mí a trabajar, a sufrir, a ganarme la vida, como ése?... Eso debía usté haber hecho, aunque hubiese sido con golpes, con azotes, con lágrimas, pa que la mujer que quiero hubiese podido ser mía, ¡mía! ¡Y darme a mí la felicidá que le va a dar a él!...

MARCELINA.—Pero, hijo, ¿es que crees que por mi culpa has perdido a la Amalia?

PAQUITO.—*(Exaltándose.)* ¡No, si a la Amalia no la he perdido!... ¡No, no la he perdido, madre!

MARCELINA.—¿Qué dices?

PAQUITO.—Que no la he perdido..., que no me resigno a perderla, no, señora. ¡Porque ella es mi vida, y mi vida no se la dejo yo a otro!... Y ya que no se la puedo disputar al que se la lleva, ni por trabajador ni por honrao, se la disputaré por chulo, que eso sí, eso sí lo he aprendido mejor que nadie en veinte años de vagancia y de golfería... ¡Ese hombre no se la lleva!... *(Resuelto.)* Venga la pistola..., la navaja... *(Las saca de un cajón.)*

MARCELINA.—*(Aterrada.)* ¡Pero, hijo mío!

PAQUITO.—*(Cogiendo el sombrero.)* Sí, madre, sí; y no se asuste usté, que ésta es su obra, que cada uno tiene que defenderse con lo que le han enseñao. Ese no se lleva a la Amalia. *(Mira desde el balcón.)* Por allí van... ¡Voy a buscarlos!... *(Inicia el mutis.)*

MARCELINA.—*(Deteniéndole.)* ¡No sales, hijo, no sales!

PAQUITO.—¡Suélteme usté! *(Luchan.)*

MARCELINA.—*(Angustiada.)* ¡Venir!... ¡Correr!... ¡Que quiere matar a Casiano!...

PAQUITO.—*(Se desprende de su madre.)* ¡Y le mataré, sea como sea!

MARCELINA.—¡Salir..., correr detrás de él! *(Sale frenético.)* ¡Sujetarlo, que le mata!

TERE.—*(Horrorizada.)* Pero ¿qué ocurre?

PEPE.—¿Qué sucede?

MARCELINA.—¡Que se ha ido a matar a Casiano!...

PEPE.—¡Mi madre!... *(Sale corriendo puerta derecha.)*

PATRO.—*(Se asoma al balcón.)* ¡Pues están allí paraos!

TERE.—*(Idem.)* ¡Ay, que se dirige a él!... ¡Ay, que discuten!...

PATRO.—*(Que vuelve la cabeza horrorizada.)* ¡Ay, que le apunta! *(Suenan dos tiros.)*

MARCELINA.—¡Ay Virgen Santa! *(Cae acongojada en el sofá.)*

TERE.—Pero ¿le ha matao?

PATRO.—¡Se arremolina gente! ¡Vienen los guardias!...

CASIANO.—*(Entrando despavorido.)* ¡Socorro!... ¡Socorro!...

TERE.—¿Qué te pasa?

CASIANO.—¡Ay, que me ha dao!... ¡Aay, que me ha dao!...

MARCELINA.—¿Dónde?

CASIANO.—¡Que me ha dao un susto de muerte, y si no me meto en el portal, me mete dos balas!...

PEPE.—*(Que viene con él.)* ¡Si no lo traigo, lo deshace!

CASIANO.—*(Aterrado.)* ¿Sube?

PATRO.—Sí, sí, sube.

PAQUITO.—*(Entrando desesperado.)* ¿Dónde está ese cobarde?

AMALIA.—*(Que le sigue.)* ¡Por Dios, Paco, déjalo!

CASIANO.—¡Está loco!... ¡Me mata! ¡Yo me tiro a la calle! *(Se tira por el balcón.)*

TODOS.—¡Ay!

PEPE.—¡Si no es un entresuelo, se estrella!

TERE.—¿Qué se ha hecho?

PEPE.—¡Ha roto el toldo de la frutería de abajo, ha caído en una banasta de tomates, ha echao a correr, y cómo llevará el pantalón, que parece un coleccionista de pipas!...

TELÓN

ACTO TERCERO

Pequeña azotea del ático que habita Amalia en una casa humilde de los barrios bajos. Al foro, barandilla de hierro que da a la calle. A la izquierda, tabique como de dos metros de altura, que separa esta azotea de la contigua. A la derecha, puerta que da al interior de la vivienda, y dos ventanas, rasgadas casi hasta el suelo, en primero y segundo término. El suelo de la azotea es de ladrillos. Al foro, telón de azoteas, tejados y torres de iglesias lejanas. En el telón, practicables, dos ventanas de dos azoteas vecinas. Por toda la escena, tiestos de flores sobre banquillos de madera, alguna jaula con pájaro y cuerdas de tender ropa. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

AMALIA, TERE, una NIÑA, NATI y un VECINO. Amalia plancha una blusa de trabajo de hombre en una mesita adecuada y canturria. TERE, sentada en una silla, quita las hebras, con un cuchillo, a unas judías verdes. Un VECINO (que no se ve) canta con voz monótona y mala entonación el tango del «Caminito».

VECINO.—*(Cantando.)*

Desde que se fué,
nunca más volvió,
caminito...

TERE.—¡Caray con el caminito!... ¿Por qué no cambiará el disco ese hombre?

AMALIA.—*(Gritando.)* ¡Señor Cefe!...

VOZ.—¿Qué pasa?

AMALIA.—¡Que lleva usté media hora de caminito; si se va usté a pie a Pozuelo, llega antes!

VOZ.—¡Estos tangos son como el salpullido, hija! ¡Cuanto más se rasca uno, más le pica!

AMALIA.—¡Ya, ya!...

NIÑA.—*(Asomándose a una ventanita de una casa de enfrente.)* Señá Tere...

TERE.—¡Hola, preciosa!

NIÑA.—Dice mi madre si me puede usté echar un poco de perejil.

TERE.—Dile que no lo uso, porque tengo miedo no me se envenene mi marido. *(Se oculta la niña.)*

NATI.—*(Se asoma a otra ventana y sacude los hilachos de un trajecillo de mujer.)* ¡Buenas tardes, vecina!

AMALIA.—Adiós, Nati.

NATI.—Y tus cosas, ¿se arreglan?

AMALIA.—Como son poquitas, sí.

NATI.—¿Qué haces?

AMALIA.—Pues mira: aquí, planchando la blusa de faena de mi padre.

NATI.—¡Qué raro! ¿Le ha caído qué hacer?

AMALIA.—No... Que la vamos a mandar al Museo Arqueológico de la Casa el Pueblo. ¡Treinta y dos años que no la usa!

NATI.—¡Es pa que le den la Medalla del Trabajo!

AMALIA.—A mi madre, que lo ha aguantao: ¡que no te creas tú que no es trabajo!

NATI.—¿Y qué es de tu madre?

TERE.—Pues aquí me tienes, quitándole hebras al «menú».

NATI.—¿Qué tien ustés pa cenar?

TERE.—Gana.

NATI.—¿Y de segundo plato?

TERE.—Judías con tomate.

AMALIA.—Que nos estamos poniendo de judías que el día que vayamos a misa no nos dejan entrar. No te digo más.

NATI.—Seguro. *(Ríe.)*

AMALIA.—Y tú ¿qué haces?

NATI.—Pues mira: que me estoy acabando el tra-

jecito que me compré en los González. ¿Te gusta?

AMALIA.—¡Mu mono ha quedao!

NATI.—Es de vuela...

TERE.—¡Cómo se conoce que tenéis en casa a tu primo el aviador!

NATI.—Hay que ponerse a tono, señá Tere. *(Se oculta.)*

TERE.—Estoy viendo que el marido de ésa va a tener que agarrarse al paracaídas.

AMALIA.—No le hace falta... Aterriza planeando.

TERE.—¡Como que el pobre tiene un par... de alas! *(Se levanta.)* ¿Quito las planchas?

AMALIA.—Déjeme usté una pa la combinación.

NIÑA.—*(Asomándose de nuevo.)* Señá Tere...

TERE.—¡Otra vez!... ¿Qué quieres, sultana?

NIÑA.—Dice mi madre que si me puede usté echar un ajo.

TERE.—Hija, tanto me vais a pedir, que..., que... Dile que ahora le echaré un diente. *(La Niña se retira.)* ¿Qué comprará esta mujer cuando baja a la verdulería?... *(Entra en la casa.)*

AMALIA.—Alpargatas. *(Sigue planchando. Canta.)*

Desde que se fué,
nunca más volvió,
caminito...

(Hablado.) ¡Atiza!... ¡Ya se me ha pegao el tanguito!

ESCENA II

AMALIA y CASIANO.

CASIANO.—*(Asomándose temeroso y asustado por la tapia divisoria de la azotea.)* ¡Amalia!...

AMALIA.—¡Casiano!... ¡Tú!

CASIANO.—¿Estás sola?

AMALIA.—Y no de Dios. ¿Qué pasa?

CASIANO.—*(Queda echado sobre la tapia.)* ¿No está tu primo?

AMALIA.—No, hombre. ¡Qué panicazo le tienes!

CASIANO.—Es que tengo que decirte una cosa gravísima y urgentísima.

AMALIA.—Pues ¿qué ocurre?

CASIANO.—Que esta situación no puede prolongarse, Amalia. Que yo así estoy muy mal.

AMALIA.—Pues bájate.

CASIANO.—No te guasees, que ya sabes a lo que me refiero.

AMALIA.—¿Y qué quies que yo le haga?

CASIANO.—Nada; pero yo, desde el día fatídico que me hiciste ir a casa e tu primo a echármelas de laborioso, que de poco me cuesta la vida, que estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

AMALIA.—*(Viendo que sólo lleva una camiseta a rayas.)* El día que te la pongas, será.

CASIANO.—Tu primo, ca día más nurasténico y más emperrao en matarme.

AMALIA.—¡No, hombre!

CASIANO.—Sí, hombre; que me ha dicho Pepe el Maneras que anoche juró en el café que el primer día que me encuentre me parte el cranio.

AMALIA.—¿Y pa qué querrá el serrín, si no tiene gato?

CASIANO.—No chirigotees, Amalia, por lo que más quieras; que por tus bromas llevo un mes cojo y estoy que no duermo ni descanso, y no sé ni dónde me doy con la gorra. De forma que creo que ha llegao el momento de que cojas a tu primo y le digas de una vez y para siempre...

AMALIA.—¡Calla, que me parece...!

CASIANO.—*(Aterrado.)* ¿Será ese loco?... *(Se dispone a huir.)*

AMALIA.—No, es que creí que habían llamao.

CASIANO.—Bueno; pues que le digas lo que te parezca; pero lo que no ties que decirle de ninguna de las maneras es que no pues vivir sin mí.

AMALIA.—¿Por qué?

CASIANO.—Porque ha dicho que por una de las cosas que me quie matar es pa que te vayas acostumbrando. Y ha apostao a que el primer tiro me lo da en la cabeza: pa lo cual se está ensayando,

con un botijo, que ya le han visto al primer disparo quitarle el pitorro.

AMALIA.—¡Qué puntería!

CASIANO.—Como que hace seis días que duermo con las narices en una caja de galletas; no te digo más. Le tengo mucho miedo a los locos, no puedo remediarlo.

AMALIA.—¡No hagas caso de habladurías, hombre! ¡Pero si precisamente a Paquito se le ha quitao ya la neurastenia rabiosa!

CASIANO.—No te fíes.

AMALIA.—Sí, hombre. Mira: yo he oído decir a los médicos que la neurastenia tie dos fases: la colérica, que se ponen que to lo morderían, y la sentimental u llorona, que es en la que está ahora Paquito, que todo les da lástima.

CASIANO.—Que no te fíes, digo.

AMALIA.—Precisamente ayer me contaron que le dió una llorera espantosa cuando le iban a limpiar los zapatos, ya ves.

CASIANO.—¿Por qué?

AMALIA.—Porque en cuanto vió que el betunero se ponía de rodillas delante de él, empezó a darle abrazos y a decirle: «No; humillaciones, no.» Y se tuvo que sentar el hombre en una banqueta, porque, si no, no se los deja limpiar.

CASIANO.—Sí; pero conmigo no reza esto, porque yo me lo encontré el otro día en la calle de la Ventosa, y sí que iba llorando amargamente; pero de que me vió me tiró un estacazo que si no corro me tienen que llevar al Equipo Quirúrgico del Centro.

AMALIA.—¡Calla, él!... ¡Ahora sí que es él!

CASIANO.—¡Mi madre! ¡El loco! *(Se deja caer y se oye un porrazo detrás de la tapia.)*

AMALIA.—¡Atiza!... ¡De poco se mata! ¡Le tiene un miedo!... *(Mira hacia dentro.)* ¡Pobre Paquito! ¡Qué cara trae más sentimental!... ¡Lo que habrá podido llorar este chico en quince días!... ¡Pa llenar una piscina!...

ESCENA III

AMALIA y PAQUITO, por la puerta de la azotea.

PAQUITO.—*(Con cara lánguida, muy pálido; la voz conmovida y llorosa.)* ¡Amalia!

AMALIA.—*(Con alegría.)* ¡Paquito!... *(Pausa. Pasa por la garganta de Paquito la contracción violenta de un sollozo.)* Pero ¿qué te pasa?

PAQUITO.—*(Sentándose.)* No, nada. Estao de ánimo. *(Pausa. Muy melancólicamente.)* ¿Planchas?

AMALIA.—*(Poniéndose a tono.)* ¡Estiro unas sábanas!

PAQUITO.—*(Poéticamente.)* ¿De tu cama?

AMALIA.—De la de mi padre.

PAQUITO.—*(Gesto de repulsión.)* ¡Arrrj!... *(Pausa.)* Amalia..., ésta es la cuarta vez que vengo hoy a tu casa. ¿Te molesta?

AMALIA.—Hombre, molestarme, no; pero...

PAQUITO.—Sí, te molesta, sé que te molesta; pero perdóname, que es que no puedo pasar sin verte. Bastante lo siento. *(Llora.)*

AMALIA.—No, hombre; si a mí no me molesta. A la que le molestará es a tu madre, porque no paras en tu casa, y como no sales de ésta, puede que se figure que soy yo la que te hago venir, y ya sabes tú que no es eso...

PAQUITO.—Sí, ya lo sé; no me lo recalques; ya sé que no eres tú la que...

AMALIA.—Que yo no te digo que vengas ni mucho menos; que conste.

PAQUITO.—Ya sé que no me lo dices. ¡Ya sé que nadie me quiere!

AMALIA.—Hombre, no exageres; nadie te quiere a tu capricho; pero, vamos, quererte, ya sabes tú que en esta casa te se tiene algún aprecio.

PAQUITO.—¿Aprecio?... No, no, nada de paliativos. Nadie me quiere, ya lo sé. En todas partes estorbo.

Voy a mi casa, y mi madre se molesta porque no voy. Vengo aquí, y tú te molestas porque vengo... Donde voy porque voy y donde no voy porque no voy, ¡qué desgraciao soy! *(Esto casi sollozando.)*

AMALIA.—Vamos, hombre, no digas tonterías; ni hace falta que te apures de ese modo, que no hay por qué..., y límpiate ese lagrimón, ¡so tonto!... *(Figura que se lo quita de un papirotazo. El le coge la mano y se la besa.)* ¡Vamos, estáte quieto!...

PAQUITO.—*(Suplicante.)* ¡Amalia!...

AMALIA.—Bueno; ¿y de dónde vienes ahora?

PAQUITO.—*(Todavía afligido.)* De la Academia Reus.

AMALIA.—Sí que es raro el sitio; pero, vamos, no es pa llorar.

PAQUITO.—Como tú me dijiste una vez que debía estudiar y tener una carrera, he ido a matricularme para Aduanas.

AMALIA.—*(Complacida.)* ¡Hombre, muy bien!

PAQUITO.—Pero cuando me estaban extendiendo la matrícula me ha dao una congoja que de poco me muero.

AMALIA.—Pero ¿por qué?

PAQUITO.—Porque ya sabes tú que las Aduanas están en los puertos de mar, y ¡el mar!, el mar me ha recordao a los pobres pescadores luchando con las olas; el barco de emigrantes, llevando lejos de la patria a los que se dejan en ella pedazos de sus entrañas; la galerna furiosa, el naufragio angustioso, restos de barcos, maderos que flotan, muerte, silencio, dolor... ¡Y no me he matriculao!...

AMALIA.—¡Caray, pues sí que...!

PAQUITO.—Y he dicho: «Me matricularé para auxiliares de Hacienda..., que es más consolador»; pero tampoco me he atrevido.

AMALIA.—¿Por qué?

PAQUITO.—¿Tú sabes lo que es la Hacienda?

AMALIA.—¡Yo, no!

PAQUITO.—La contribución, el apremio, el dogal de los industriales menesterosos... ¡La miseria en millones de hogares!... Un tío con un papelito en la mano todos los trimestres, que en cuanto te des-

cuidas te lo recarga... ¡El embargo, el hambre, el suicidio!

AMALIA.—Hombre, claro; si tomas las cosas así, entras en una confitería a comerte un pastel, y te esengarras a llorar, porque, claro, empiezas a decir: «¿Dónde estará la pobre gallina que puso el huevo cuya clara se batió para hacer esta golosina?» Y entras a comerte un merengue y sales de luto riguroso.

PAQUITO.—No te burles, que, en cambio, he pensao poner una tienda de ultramarinos, porque así las víctimas casi nunca las ves.

AMALIA.—Menos mal. *(Pausa.)*

PAQUITO.—Amalia...

AMALIA.—¿Qué?

PAQUITO.—Que va a caer la tarde. ¿Lo has notao?

AMALIA.—Sí; pero no llores, que no se va a hacer daño. Ya tie costumbre.

PAQUITO.—¿Tendrías un cigarro de tu padre?

AMALIA.—Sí, mira: aquí tiene la petaca; toma. *(Se la da.)*

PAQUITO.—*(Lo enciende.)* ¡Mi madre!... ¡Ay Dios!

AMALIA.—¿De qué lloras?

PAQUITO.—Ahora es del tabaco.

AMALIA.—El también llora algunas veces.

PAQUITO.—Y todo el que lo fume. ¡Es un rayo! *(Pausa. Se levanta.)* Oye.

AMALIA.—¿Qué quieres?

PAQUITO.—¿Cómo está?... *(Se levanta y se acerca a ella muy confidencial.)* ¿Cómo está tu novio?

AMALIA.—Está mejorcito, el pobre.

PAQUITO.—¿Se le pasó la cojera?

AMALIA.—Se le va pasando. Antes se ponía en ridículo con los ladrillos: nunca pisaba el que quería; ahora, ya, al que amenaza lo pisa.

PAQUITO.—Menos mal... ¡Pobre chico!... Te molestaría que quisiera yo matarlo aquel día, ¿verdad?

AMALIA.—¡Hombre, claro; quererme dejar viuda antes de tiempo!...

PAQUITO.—¡Antes le tenía yo un odio feroz!...

Ahora, ya..., ante lo irremediable... ¡Dichoso él! ¡Cómo le envidio, Amalia, cómo le envidio!

AMALIA.—Bueno; cálmate y toma un poco de agua; anda. Y dejemos el temita, porque...

PAQUITO.—¿Le quieres mucho, Amalia?

AMALIA.—Hombre, todo lo que se merece; ya te he dicho que es muy formal.

PAQUITO.—¿Y no podrías dejar de quererlo nunca?

AMALIA.—¿Qué sé yo?... Pero mientras él sea bueno pa mí...

PAQUITO.—¿Y si él dejara de quererte alguna vez?

AMALIA.—¡Hombre, entonces, no sé; pero, vamos, eso es tan difícil!...

PAQUITO.—¿Y si él dejara de quererte alguna vez? Contesta.

AMALIA.—Que te digo que entonces no sé: pero ¿a qué vienen esas preguntas, si eso no ha de pasar?

PAQUITO.—¡A nada..., no vienen a nada! ¡Ilusiones imposibles! ¡Locuras mías!... ¡A nada!... ¡No vienen a nada!... *(Cae en un profundo abatimiento. Tiembla, bosteza histéricamente.)*

AMALIA.—Bueno, bueno; tú to lo que tienes es debilidá. ¿Quies merendar, tomar algo?... ¿Quies que te haga un ponche?

PAQUITO.—*(Como hablando consigo mismo.)* ¡Ah, si yo pudiera...! ¡Sí, él...!

AMALIA.—¿Y una ensaladilla de tomate y pepino?

PAQUITO.—No, gracias; de pepino, no. A propósito: ¿está tu padre?

AMALIA.—Ahí lo tienes en su cuarto, durmiendo las siestas.

PAQUITO.—¿Cómo las siestas?

AMALIA.—Es que tiene tres atrasadas, y se conoce que se está poniendo al corriente, porque se acostó a las doce y aún no se ha despertao.

PAQUITO.—¿Y no podría yo hablar con él?

AMALIA.—Entra y despiértalo, que ya tiene de sobra. Cuélate por la ventana, a ver si del susto...

PAQUITO.—Amalia... *(Suplicante.)*

AMALIA.—¿Qué?...

PAQUITO.—¿Y si él dejara de quererte alguna vez?

AMALIA.—¡No te preocupes..., que verás como no deja!

PAQUITO.—¡Aaaaah! ¡Qué seguridad en su cariño! ¡Maldita sea! *(Se tira de los pelos llorando, se mete por la ventana y tira dos o tres tiestos.)*

AMALIA.—¡Ay mis geranios!... ¡Bueno; el poore esta de loco como p'acabar con el Botánico! *(Recoge los tiestos y los pone donde estaban.)*

ESCENA IV

AMALIA y TERE, por la puerta de la azotea.

TERE.—*(Hablando en voz baja, pero temblorosa y excitada.)* ¡Amalia, nija mia!...

AMALIA.—¿Que pasa, madre?

TERE.—¡Ay nija de mi vida!

AMALIA.—Pero ¿que la ocurre a usté?

TERE.—Que te voy a decir una cosa que si no te desmayas es porque hace un rato que nas merendao, ¡pero que te vas a quedar tonta!

AMALIA.—¡Por Dios!..., digame usté pronto: ¿que es?

TERE.—Pues que tu padre... *(Mirando a un lado y a otro.)* Tu padre..., ¡tu padre tiene dinero!

AMALIA.—¡Amos..., no diga usté tonterias!...

TERE.—¡Tiene dinero, y no poco!

AMALIA.—¡Madre, uste esta pa que la duerman!

TERE.—Ocnocientas pesetas, en ocho billetes, en esta cartera vieja... ¡Mialas! *(Se las ensena.)*

AMALIA.—¡Jesus!...

TERE.—Las tenía escondidas debajo de un ladrillo. Algo me sospechaba yo, porque le he visto comprarse mojama dos veces en lo que va de mes y un habano de a quince.

AMALIA.—¿Y de donde los habrá sacao?

TERE.—Eso es lo que me vuelve loca y no caigo.

AMALIA.—¿Habra hecho alguna cosa fea, madre?

TERE.—Eso, no; porque el, amigos maleantes

que hubiesen podido meterle en un negocio sucio, no tiene..., y limpio...

AMALIA.—Limpio, en mi padre no hay que pensar. El, hablar no habla con nadie más que con Casiano...

TERE.—Aguarda, ¿y no podría ser que...?

AMALIA.—Pero Casiano, el pobre, ¿de dónde va a sacar...?

TERE.—No, si tienes razón; pero entonces, ¿este dinero?...

AMALIA.—Ese dinero es de alguien, madre.

TERE.—No... Este dinero, por de pronto, es mío. Ahora que como el dinero desconocido parece que te quema las manos, yo..., yo me lo voy a guardar en el baúl. Y lo que fuere sonará.

AMALIA.—¿Y si no suena?

TERE.—Si no suena, me compro un mantón de Manila; ya lo tengo pensao.

AMALIA.—¡Pero, madre!...

TERE.—¡Azul con blanco! ¡El ideal de toa mi vida!... Calla... Salen... Ven..., ya te diré... *(Entran en la casa.)*

ESCENA V

PEPE y PAQUITO, por la ventana primera izquierda.

PAQUITO.—*(Alto.)* Qué dichoso usté, que puede caer tranquilo en los brazos de Morfeo.

PEPE.—Y que cuando caigo me cuesta la mar de trabajo levantarme.

PAQUITO.—Ya lo he visto.

PEPE.—Bueno; ¿y cómo van esos nervios, pollo?

PAQUITO.—¡Oh, una verdadera desdicha!... ¡Ah!

PEPE.—¿Qué?

PAQUITO.—*(Alto.)* Que, ¡oh!, una verdadera desdicha, ¡ah!

PEPE.—Eso te se quita a ti con filetes y buen trago; cree a tu tío.

PAQUITO.—No lo crea usté, ¡ay de mí!

PEPE.—¿Qué?

PAQUITO.—*(Muy alto.)* Que no lo crea usté, ¡ay de mí! Y saque usté la trompetilla, que yo, con la pasión de ánimo que tengo, estoy poniendo en ridículo mis lamentos.

PEPE.—Bueno. *(Saca la trompetilla.)*

PAQUITO.—A más, que le he sacao a usté aquí porque tenemos que hablar en secreto de lo nuestro...

PEPE.—¡Chis..., calla; que no te oigan! *(Cierra la puerta de la azotea.)*

PAQUITO.—Arrímese usté a este rincón.

PEPE.—Venga. *(Se pone la trompetilla.)*

PAQUITO.—¿Cómo está Casiano?

PEPE.—Mejorcito.

PAQUITO.—¡Su pobre madre sin jornal tanto tiempo por culpa mía!...

PEPE.—Están en la mayor miseria.

PAQUITO.—Déle usté estas otras cien pesetas hoy mismo. *(Se las da.)*

PEPE.—*(Se las guarda.)* Descuida.

PAQUITO.—¿Le dio usté las ochocientas anteriores?

PEPE.—Todo está en su poder. ¡No sabes el bien de caridá que haces!...

PAQUITO.—Bueno; pero vamos a lo importante. ¿Qué hay de lo otro?

PEPE.—Que se lo he propuesto como cosa mía y acepta.

PAQUITO.—*(Con gran alegría.)* ¡Acepta!... Pero ¿es de veras?...

PEPE.—¡Chis!...

PAQUITO.—¿De modo que accede?...

PEPE.—Accede..., pero ha echao sus cuentas y necesita cinco mil más...

PAQUITO.—¡Si me da esa alegría, cuanto pida...; dígale usté que cuanto pida!

PEPE.—Pero ¿tu mamá...?

PAQUITO.—¡Los disgustos son horribles! ¡Pero todo, todo para que ese hombre desaparezca!

PEPE.—Desaparecerá.

PAQUITO.—En usté confío, tío.

PEPE.—Confía. Silencio. *(Campanilla que suena.)*

PAQUITO.—¡Calle usté, que han llamao!...

PEPE.—¿Quién será?... *(Aparece Amalia, y desde este momento Pepe, para enterarse, dirige la corneta al que ve hablar, sin conseguir nada, porque se la apartan.)*

AMALIA.—*(Entrando.)* ¡Paquito!

PAQUITO.—¿Qué?

AMALIA.—Tu madre y el señor Santos.

PAQUITO.—¡Atiza!... ¡Mi madre aquí! ¿A qué vendrán?

AMALIA.—¿Qué sé yo? ¿Quieres que te vean?

PAQUITO.—No, no quiero discusiones ni malas caras. ¡Si pudiera ocultarme!...

AMALIA.—Pasar ahí, al cuarto de mi padre.

PAQUITO.—*(Llevándose a su tío.)* Sí, vamos...

PEPE.—¿Qué es?

AMALIA.—No es pa corneta. Ya se lo dirá éste con las manos. *(Vanse por la ventana Pepe y Paquito.)*

ESCENA VI

Queda AMALIA y entran TERE, MARCELINA y el SEÑOR SANTOS por la puerta del centro.

TERE.—Pasar, pasar aquí a la terraza, que está más fresco.

MARCELINA.—Donde queráis, que molestaremos poco.

AMALIA.—*(Poniéndoles sillas.)* ¡Ay, pero tía, con que cumplidos se viene usté!

MARCELINA.—¡Hija, lo digo porque como estaréis hartos de familia!...

TERE.—¿Pues...?

MARCELINA.—Porque mi hijo creo que no sale de aquí.

TERE.—Mujer, sí, viene con alguna frecuencia; pero no creas que nadie le llama...

AMALIA.—¡No le enseñará a usté las invitaciones, a buen seguro! Viene, y, claro, no le vamos a echar.

TERE.—Pero si tú quieres que no vuelva, pronto le aliviamos.

MARCELINA.—No es pa tanto, hija.

AMALIA.—Pero siéntense ustedes.

SANTOS.—Con permiso. *(Se sientan.)*

TERE.—Pues tú dirás a qué debemos el gusto de esta visita.

MARCELINA.—Santos, expláyate tú, que una viene acongojada y no sé si podrá... *(Afectada, se limpia los ojos con el pañuelo.)*

TERE.—¡Caray!, pero ¿tan aplicao es lo que vas a decir que necesitas un altavoz? Y usté disimule.

SANTOS.—Los adjetivos me resbalan, señora.

TERE.—No sabía que estuviese usté encerao.

MARCELINA.—No es que sea complicao lo que traemos; pero una tendría que expresarse como madre, y ahora pue que no convenga. Habla, Santos.

SANTOS.—Con permiso de usted e hija.

TERE.—Usté es muy dueño. *(Aparte.)* A ver qué enciclopedia se traen estos pa tanto ringorrango.

SANTOS.—Señá Tere...

TERE.—...e hija.

SANTOS.—La Marce, como todos sabemos, tiene un hijo.

TERE.—Muy señor mío.

SANTOS.—Llamao Francisco de Paula...

TERE.—Natural de Madrid, soltero, de veinticuatro años.

AMALIA.—Nos sabemos la cédula.

SANTOS.—De cómo le ha querido, no voy a disertar.

TERE.—Con desageración. Lo hemos criticao toos.

MARCELINA.—He sío una madraza; bien me pena.

SANTOS.—Ha sío una osesión. No ha vivido más que por el hijo y para el hijo. No ha pensao en ella ni en que se quedaba viuda a los veintidós años, edad prematura pa la viudez: ésta siempre ha sido impaciente; ni en que malbarataba una juventú, ni en que destrozaba el cariño de un hombre que la quería a cegar, servidor... Pa ella no ha habido más Dios ni más Santa María que el hijo, y el hijo, y el hijo... Y, ¡ay señá Tere..., e hija!...

Los hijos, los hijos no corresponden, seamos sinceros; los hijos quieren a los padres con locura..., mientras no tienen otra cosa que querer..., y se les van dando toos los caprichos. Pero les brota de repente un cariño por fuera del hogar doméstico, y adiós papás...

TERE.—Adiós papá, que la mía tiene más que uno, en buena hora lo diga.

SANTOS.—Hablo en sentido plural... Y adiós papás, y adiós mamás. ¡Cogen el hatillo, y a volar!... Y pa disculpar la ingratitú, siempre la misma canción: «Que si mi padre hubiera sido otro... (que a veces es otro). Que si mi madre me hubiera educao mejor; que si después de too no han hecho más que lo que debían; que si ellos también se fueron de su casa...», etc., etc.

AMALIA.—Pero los hijos también tienen que mirar por su vida, señor mío.

SANTOS.—Y los padres por la suya, que es lo que yo le he predicao a ésta; no seamos egoístas, nena.

AMALIA.—No lo niego. Cada uno por cada uno, que la vida es así. Pero si una madre se sacrifica por un hijo y un día, aunque padezca lo que padezca, lo veré dichoso, ¿hay mayor satisfacción?

SANTOS.—Mujer, te diré...

TERE.—No la diga usté ni una coma, que ésta discute con el sol, de que no debía calentar en verano, y le hace un taco.

MARCELINA.—De lo que una madre tiene que hacer por un hijo no necesito yo que tu hija ni nadie me diga nada, porque lo tengo todo hecho. Pero es que en el caso presente no se trata de más o menos sacrificios, ni de que mi hijo, que no salía de mi lao...

TERE.—Más que una vez al mes, pa volver al siguiente.

MARCELINA.—Cosas de juventú, hija.

TERE.—No lo niego.

MARCELINA.—...ahora, no parezca por su casa más que a las horas de dormir, porque otro cariño lo aparta de mi lao..., no se trata de eso... ¡Es algo peor!...

TERE.—Pues ¿de qué se trata?

SANTOS.—De algo relacionao con ustedes, y muy grave.

AMALIA.—¿Con nosotros?

MARCELINA.—Y éste es el objeto de la visita; que si no, yo no hubiera venido.

AMALIA.—Venga, venga, que no me explico...

SANTOS.—Pues te lo vas a explicar, tú, que eres tan intelectual.

MARCELINA.—Pues que mi hijo quiere llevarme a los Tribunales, ¡mi hijo!... ¡Mi hijo, a mí! ¡A los Tribunales!

TERE.—¿Y por qué?

MARCELINA.—Pa pedirme la hijuela de su padre, porque me he negao a darle veinticinco mil pesetas que quiere a toca teja.

AMALIA.—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?

MARCELINA.—Aguarda, que sí que tenéis que ver... ¡Qué!, ¿tú no sabes pa qué quiere las veinticinco mil pesetas?...

AMALIA.—¿Pa qué?

MARCELINA.—Pues pa dárselas a tu novio.

TERE.—¿A Casiano?

MARCELINA.—A... como se llame, que ni me acuerdo, ni ganas.

SANTOS.—Pa dárselas a tu novio, que se ha conchavao con tu padre...

AMALIA.—¿Con mi padre?

MARCELINA.—Y le han ofrecido que si les da esa cantidá tu novio se marcha a Buenos Aires, te abandona y le deja a mi hijo el campo libre.

AMALIA.—*(Se levanta aterrada.)* ¡Mi madre!

TERE.—¡Tu madre es inocente, hija!

AMALIA.—Pero ¿eso es verdá?

SANTOS.—Tenemos pruebas. Y el mismo Paquito te lo puede testificar.

AMALIA.—*(Desesperada.)* ¡Ay madre, que mi padre es un sinvergüenza!...

TERE.—Pero ¿no me lo vienes oyendo hace veintidós años? ¿Es que crees que bromeaba?

AMALIA.—¡Y Casiano un canalla!... ¡Y maldita

sea mi suerte, que como eso sea cierto..., yo soy una chica, pero el árnica se pone en este barrio a cincuenta pesetas el litro, por mi salú!

MARCELINA.—Y sabemos que le lleva entregadas desde el día fatídico de lo del balcón ochocientas pesetas.

AMALIA.—*(Aparte.)* ¡Ay madre, las ochocientas...!

TERE.—Cállate. *(Le tapa la boca.)*, que luego ventilaremos eso; ahora vamos a lo gordo.

MARCELINA.—¿De modo que vais comprendiendo?

SANTOS.—¿Se explican ustés la visita?

AMALIA.—Ni una palabra más. ¡Conque mi padre y ese golfo conchavaos pa que...! ¡Bueno! Pues esto se va a poner en claro ahora mismo, porque ya saben ustés que Casiano vive paré por medio.

MARCELINA.—Será lo mejor.

PEPE.—*(Saliendo.)* Muy buenas. ¿Qué tal?

TERE.—*(Aparte.)* ¡Mía este canalla!

PEPE.—Vosotros por aquí... ¡Tanto gusto!

MARCELINA.—*(Secamente.)* Buenas...

PEPE.—¿Y a qué se debe el placer...?

SANTOS.—Pregúntelo a su familia.

PEPE.—*(Aparte.)* ¡Qué caras! *(Alto.)* ¡Hace mucha calor!... *(Aparte.)* Parecen congestionaos.

AMALIA.—Váyase usté.

PEPE.—¿Os hago una sangría?

AMALIA.—Pa eso estamos; pero ahora, adentro.

PEPE.—*(A su mujer.)* ¿Qué pasa?

TERE.—Todavía nada.

PEPE.—Dímelo con las manos.

TERE.—*(Amenazadora.)* ¡Descuida, que pue que te lo repita ocho u diez veces!

PEPE.—No me explico... *(Vase por la ventana.)*

AMALIA.—Conque lo dicho. Entren ustés en casa, que quiero que lo oigan; porque yo pongo en claro todo esto ahora mismo.

SANTOS.—Vamos allá.

TERE.—Pasar, pasar...

MARCELINA.—¡Mi hijo en estas golferías!... ¡Virgen de la Paloma!... *(Entran en la casa.)*

TERE.—*(A su hija.)* ¡Y de lo de las ochocientas..., ni una palabra! *(Vase a la casa también.)*

ESCENA VII

AMALIA y CASIANO.

AMALIA.—¡Conque cinco mil duros pa irse a Buenos Aires y abandonarme, el canalla!... ¡Y qué bien fingía el miedo y la...! ¡Maldita sea su estampa!... Ahora verás. *(Se empina en la cajonera de las plantas para asomarse a la azotea vecina. Llama.)* Casiano..., Casiano...

CASIANO.—*(Asomándose a la tapia.)* ¿Estás sola?

AMALIA.—Contigo, que es peor. Salta, salao.

CASIANO.—¿No me ocurrirá nada? *(Queda cabalgando en la tapia.)*

AMALIA.—No todo lo que debía.

CASIANO.—Entonces... *(Acción de irse.)*

AMALIA.—*(Sujetándole por la pierna.)* Salta, que no te suelto. Tenemos que hablar, y a escape, rico.

CASIANO.—*(Saltando.)* Pues ¿qué ocurre?

AMALIA.—Que me han dicho una cosa, Casiano, y no quiero creerla.

CASIANO.—*(Golpeándose con la gorra.)* Pues no la creas. Caa uno debe hacer su gusto.

AMALIA.—Porque si fuera cierta, es pa machacarle los sesos al interesao..., y el interesao eres tú.

CASIANO.—*(Poniéndose la gorra y estacándosela.)* ¡Rechufa! Pero ¿qué es?

AMALIA.—Pues nada; que me han asegurao que te has puesto de acuerdo con mi padre pa sacarle cinco mil duros a mi primo...

CASIANO.—¿Yo?... *(Se va hacia la tapia.)*

AMALIA.—Con el compromiso de irte a Buenos Aires y abandonarme...

CASIANO.—*(Quiere trepar por la tapia.)* ¿Yo?...

AMALIA.—*(Sujetándole.)* Y dejarle el campo libre.

CASIANO.—¿Yo?... Yo me voy.

AMALIA.—Tú no te vas sin ponerlo en claro. ¿Es verdá eso?

CASIANO.—Mujer, te diré...

AMALIA.—No me digas nada... ¿Es verdá o no?

CASIANO.—No...

AMALIA.—¿Qué no? *(Le coge por las solapas.)*

CASIANO.—Que no puedo negarte que a mí me se han hecho proposiciones, y que uno...

AMALIA.—¿Y has tenido valor, so canalla, de que vieran que ponías a subasta mi cariño, y de estafar a un pobre chico y rebajar mi dignidad de mujer?...

CASIANO.—Mujer, yo...

AMALIA.—*(Zarandeándole.)* ¡Pues eso es una canallada y una vergüenza y una infamia!... ¡Así, clarito, so granuja!

CASIANO.—Mujer, yo...

AMALIA.—*(Sigue el zarandeo.)* ¡So asqueroso, indecente, golfo! ¿Te parece bien hacerle eso a una pobre chica que había depositao en ti su confianza? ¡Dilo, dilo pronto!...

CASIANO.—Mira, Amalia: vaya..., vamos a hablar claro, que a mí no me rompes tú la americana de vestir, y, además, llevo un mes de tormento y ya me he cansao, ¡ea! *(Exaltado y gritando.)* ¿Tú no me dijiste a mí, hará medio año, mes más, mes menos, mes menos, mes más, que estabas enamorada hasta la locura de tu primo? *(Paquito asoma por la ventana con la cara de asombro consiguiente.)*

AMALIA.—*(Temerosa de que les oigan.)* ¡Chis!...

CASIANO.—¡A mí no me chistes, que la verdá es la verdá! ¿A mí no me dijiste tú que pa volverlo loco del todo y que te quisiera a ti sola, y se dejase de mujeres y de juergas, necesitabas que yo pasase por tu novio y te hiciera ese favor por quince u veinte días? ¿Es verdá u es mentira?

AMALIA.—*(Temerosa.)* Hombre, te diré...

CASIANO.—No me dirás nada, porque si me desmientes eso eres capaz de desmentir a San Mateo y a San Lucas y a toos los evangelistas enclavaos en el distrito del Hospicio.

AMALIA.—Hombre, yo...

CASIANO.—¡Ah!... *(Se arranca un botón de la americana, tirándolo contra el suelo.)* ¿Tú no me dijiste un día que subiese a la casa de tu susodicho primo y me diese a conocer como trabajador, pa lo

cual me compraste un «mono», que me estaba grande, y me dijiste que dijera que era más laborioso que una máquina registradora y todas las mentiras que dije, que fueron mi perdición, porque tu primo, exasperao, sacó una «brovinge» y me persiguió, y si no me tiro por el balcón estoy a estas horas de fiambre en la estantería de una sacramental?... ¿Es mentira u no es mentira?

AMALIA.—Hombre, yo...

CASIANO.—¡Ah!... *(Se arranca y tira otro botón.)* Pues en estas condiciones, todavía cojo del porrazo, sin trabajo y amenazao de muerte, me dice tu padre: «Te dan cinco mil duros si te vas a Buenos Aires y le dejas a mi sobrino el campo libre.» Y como yo, pa dejarle a tu primo el campo libre no necesito irme a Buenos Aires, ni siquiera a Cuatro Vientos, porque en la vida has tenido el honor de quererme a mí, ni yo el de ídem a ti, pues dije que sí. ¡Porque, caray, no se pue vivir diariamente bajo la amenaza de un hombre neurasténico y osesionao en añadirte tres o cuatro agujeros a los que te han correspondido en el reparto otorgao a los seres humanos y bípedos! ¿Me se pue negar esto?

AMALIA.—No, pero...

CASIANO.—¡Ah!... *(Se arranca otro botón y lo tira.)* Pues si todo lo que has hecho lo has hecho porque quieres a tu primo desde chica de un modo apasionao y constante, díselo ya claramente, porque no es justo de que yo esté expuesto a una...

ESCENA VIII

DICHOS y PAQUITO; después, PEPE y TERE.

PAQUITO.—*(Saliendo a la azotea, apasionado y loco de alegría.)* ¡Amalia de mi vida!

CASIANO.—¡Mi madre!... ¡El loco!... *(Se tira de cabeza a la azotea de al lado.)*

PAQUITO.—Pero ¿es verdá lo que he oído, Amalia

de mi alma? *(Amalia, ruborosa, no contesta.)* ¿Es verdá lo que he oído?

CASIANO.—*(Asomado a la tapia y escondiéndose en seguida.)* Sí, señor.

PAQUITO.—¿De modo que me querías desde chica?

CASIANO.—*(Repite el juego.)* Sí, señor.

PAQUITO.—*(Engallándose.)* ¡Ya decía yo!... ¡Y no haberlo notao! ¿Seremos burros?

CASIANO.—*(Lo mismo.)* Mucho.

PAQUITO.—*(A Casiano.)* ¡A usté no se lo pregunto! *(A Amalia.)* ¿De modo que siempre me has querido?

CASIANO.—*(Idem.)* Siempre.

AMALIA.—Pero ¿quies callarte?

CASIANO.—¡Como tú no contestas!...

PAQUITO.—¡Qué bien has sabido disimularlo, Amalia!

AMALIA.—Si las mujeres no supiéramos disimular eso, ¿cómo íbamos a defendernos?

PAQUITO.—¿Y no te ha dao lástima lo que he sufrido en seis meses?

AMALIA.—¿Y no te ha dao lástima a ti lo que he sufrido yo en diez años, desde aquel día que estrené un trajecito ruin y que me llamaste escuerzo, haciendo reír a todo el mundo a mi costa?

PAQUITO.—¡Bien te has vengao!

AMALIA.—Bien te he querido; que de no quererte, ¿pa qué iba a vengarme ni a buscar novios que no quería?...

CASIANO.—*(Asomándose.)* Gracias.

AMALIA.—¿...ni a fingirme alegre cuando lloraba por dentro viéndote con otras chicas más guapas que yo y más alegres que yo, porque no les importabas nada?... ¿Qué sabes tú de sufrir? ¡Tormento, el mío en estos diez años; que no hay cosa que dé más rabia que no poder dejar de querer a quien no nos quiere!...

PAQUITO.—¡Amalia!

AMALIA.—¡Y mira si te habré querido que no me ha importao hacerte sufrir con tal de lograr tu cariño y que fueras pa mí sola!

PAQUITO.—¿Y no te ha dao compasión, ni aun cuando me has visto enfermo?

AMALIA.—¡Como yo tenía el remedio en la mano!

PAQUITO.—Pero no hacía falta haber sido tan cruel.

AMALIA.—Sí, Paquito; que no olvides que tú eras un fruta vago y pinturero y había que quitarte humos y muchas mañas, y eso ya está lograo.

PAQUITO.—*(Con cierta presunción reminiscente de su antigua chulería.)* ¿Lo crees tú así?

AMALIA.—Seguro. Porque si no, como me he pasao diez años, queriendo y disimulando, me paso otros cuarenta, que ya conoces mi temple; conmigo, o lo que deba ser, o nada. Y no hay más. Y así soy. ¿Si así me quieres...?

PAQUITO.—Con toda el alma; pero si pudieras ser un poquito más suave...

AMALIA.—No, Paco, que ahora he aprendido que en el cariño no se debe poner todo lo que se tenga.

PAQUITO.—¿Siendo una cosa tan dulce?...

AMALIA.—Por eso mismo. Si lo atiborras a uno de merengues, por mucho que le gusten, se empacha. En cambio, si los vas dando uno a uno pues le han asegurao el postre pa una temporada.

CASIANO.—*(Asomándose.)* ¡Lo que saben!

PAQUITO.—¿Y a usté qué le importa?

CASIANO.—Es que también soy goloso...

AMALIA.—¡Déjalo!

PAQUITO.—No, que a este vecino le voy a lisiar, por cómplice.

CASIANO.—¡Encima que he hecho de cimbel!...

PAQUITO.—¡Qué farsante! ¿De modo que aquello de aquí el gabinete, y aquí la alcoba...?

CASIANO.—¡Un croquis pa engolosinarlo a usté, so primo!

PAQUITO.—*(Ofendido.)* Oiga usté, eso de primo...

CASIANO.—So primo de la joven, que yo no ofendo a nadie.

PAQUITO.—Bueno; baje usté, que se lo perdono todo.

CASIANO.—¿Todo?

PAQUITO.—Incluso las ochocientas pesetas que le di a mi tío Pepe pa que se las diese a usté.

CASIANO.—*(Saltando con una velocidad como para*

matarse.) ¡Cómo!... ¿Qué ha dicho usté de ochocientas pesetas?

PAQUITO.—Ochocientas pesetas que le he entregao a mi tío con destino a usté pa indemnizarle del porrazo que se dió por mi culpa.

CASIANO.—¡Mi madre!... Pero ¡si no he visto un céntimo!

PAQUITO.—¿Es posible? *(Se apartan riendo y hablan aparte.)*

CASIANO.—¡Qué sinvergüenza de sordo!... ¡Pues ahora sí que me va oír! *(Llamando.)* ¡Señor Pepe, señor Pepe!...

PEPE.—*(Saliendo.)* ¿Pa qué soy requerido?

CASIANO.—Pa que diga usté isofazto qué ha hecho de las ochocientas leandras que le apoquinó el señor pa mangue.

PEPE.—No oigo.

CASIANO.—Pues aguarde usté. *(Entra por la ventana y saca una bocina de gramófono, que le coloca en el oído.)* ¿Que qué ha hecho usté de las ochocientas pesetas que le dió el joven para mí?

PEPE.—Hombre, yo, como era una limosna y tú eres tan pundonoroso, dije: «No las va a azmitir», y no las iba a tirar. Conque hasta luego, que me están esperando en la esquina.

CASIANO.—*(Todo con la bocina.)* Pues u me las da usté sobre la marcha u hay tiros; que con mis intereses no se contonea nadie.

PEPE.—Hombre, yo..., bueno... Voy por ellas, que te las guardaba debajo de un ladrillo.

TERE.—*(Saliendo.)* ¡No te molestes, que esta mañana ha venido un albañil y los ha afirmao todos! *(Con la bocina.)*

CASIANO.—¡Mi madre!

PEPE.—¡Nos ha perdido!...

TERE.—*(Con la bocina.)* ¡Pero no te apures, que a cambio te voy a dar una buena noticia!

PEPE.—¿Cuála?

TERE.—Que me voy a comprar un mantón de Manila de ochocientas pesetas.

CASIANO.—*(Cogiendo la bocina para hablar él.)* ¡No lo consienta ústé!

PEPE.—Déjalo que se lo compré, que así no lo habremos perdido todo. *(Se lo dice al oído.)*

CASIANO.—¿Por qué?

PEPE.—Porque en cuanto lo compre se lo empeño y partimos.

CASIANO.—*(Con la bocina.)* ¡Vivan los previsores del porvenir!

ESCENA IX

DICHOS, MARCELINA y el SEÑOR SANTOS, que vienen de la casa.

SANTOS.—¿Has visto esa chiquilla sabiendo?

MARCELINA.—¡Ya, ya!

AMALIA.—¡Perdóneme usté, tía!

MARCELINA.—Perdonarte, ¿de qué?... ¡Menuda lección me has dao!... Yo, por quererlo con locura, he estao a punto de llevarlo a la perdición. ¡Gracias a ti, hija mía, que has sabido querer como debe quererse y me lo has salvao!

PAQUITO.—¡Madre!... Déjela usté que tenga un hijo, que ahí se acaba la sabiduría de las mujeres.

SANTOS.—¡Lo malo, Marcelina, es que nos han hecho llegar a viejos a nuestra felicidad!

TERE.—No importa. Así tien ustés menos tiempo pa aburrirse.

MARCELINA.—Es verdá, Tere.

PEPE.—Mirarse en nuestro espejo. ¡Veinticinco años casaos y estamos como el primer día!

PAQUITO.—¡Es que creo que el primer día se dieron ustedes a la puerta de la iglesia una paliza tremenda!

TERE.—Le di.

PEPE.—Por eso digo que estamos como el primer día, porque ya me ha anunciao otra; conque mirarse en nuestro espejo. ¡Y no casarse, que aún estáis a tiempo!

TERE.—¿Y en qué ibas a entretenerte si yo no te pegara, a ti que no te gusta el cine?...

PAQUITO.—*(A Amalia.)* ¡Cómo me has engañao!

AMALIA.—¡Tú querías que el mundo fuera pa ti solo y yo he querido que sea pa los dos y que nos venga estrecho! *(Telón.)*

FIN DE
«PARA TI ES EL MUNDO»